

Jorge Santkovsky

VULNERABLES



a Capela
ediciones

Vulnerables es la nueva colección de cuentos de Jorge Santkovsky. Abrir estas páginas es entrar en el ámbito del prodigio, cercano a los senderos descritos por Todorov para definir lo maravilloso. En su lectura, caminaremos a la par de personajes como Javier, la loba Luperca o Pedro de Mendoza, habitantes del Parque Lezama, encarnado uno, materializados en bronce los otros; encontraremos un peluquero poeta; un Aleph; un Superman anclado a esta tierra por causa de las ramas de los árboles; fantasmas de esclavos que hacen tropelías en un sótano; un hombre que mantiene un triángulo amoroso con su esposa y un árbol de magnolia; una historia sobre un doble, dotada de una amenidad de la que carece la vida de William Wilson o la de Goliadkine... Curiosamente, las pocas historias que no participan de lo maravilloso, conservan su clima, y esto se debe a que Santkovsky ha sabido crear un narrador que las amalgama, un narrador (protagonista o testigo, pero nunca impersonal) dotado de una voz inocente, un narrador que sentimos amigo, y que nos invita a creer.

En este libro de aciertos literarios, Jorge Santkovsky nos obsequia unos cuentos que escapan de las trilladas estructuras y los predecibles sobresaltos del cuento clásico. Nos brinda unas criaturas ejemplares que, como su dragón blanco, saben sobrellevar la vulnerabilidad de los seres mágicos ante la hostilidad del mundo material.

Manuel González López

Jorge Santkovsky

Vulnerables

a Capela
ediciones

Vulnerables

Jorge Santkovsky, 2024

1a edición por este sello, 2024

ISBN: 978-987-8907-21-5

Villa Los Aromos

www.edicionesacapela.wordpress.com

edicionesacapela@gmail.com



Este obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Santkovsky, Jorge

Vulnerables / Jorge Santkovsky. - 1a ed. - Villa Los Aromos :
Ediciones A capela, 2024.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: descarga

ISBN: 978-987-8907-21-5

1. Cuentos. 2. Grupos vulnerables. I. Título.

CDD A863

A mis nietos Malena, Juana y Domingo.
Por ser tan valientes de venir a este mundo y
alegrarnos nuestras vidas.

A mi prima Silvia Diana Naguelblat.
No dudo que hubiera disfrutado estos relatos.

Lezama

El parque se ha metido muy hondo en mi vida, nada de lo que ocurre en su interior me es ajeno. Puede parecer que yo quiero rescatarlo, pero es él quien me ha rescatado. No hay día que no me ofrezca nuevos motivos para el asombro. Apenas pongo un pie adentro mis ojos se pierden en el paisaje. Sea en los árboles, en los pájaros o en los variados personajes que lo visitan.

El parque me enamora, me dice cosas al oído, me conmueve, reclama mi atención. Cuando estamos juntos, respiramos en armonía. El parque es mi segunda piel.

Entrar al parque Lezama es como entrar en un sueño. Me regala todas las mañanas alguna revelación. Otras veces me pide que lo cuide. Cuando es así, siento en mi cuerpo el peligro circundante. Por eso, en ciertas ocasiones es una pesadilla. Se de buena fuente que nada que lo habite está libre de ser dañado. Ni los monumentos, ni los postes de luz, ni los animales, ni los árboles ni la gente. Pero el parque se repone, resistente como nadie nunca supo serlo. Aunque su recuperación es desapareja y arbitraria: una y otra vez vuelven a repintar el templete griego pero las estatuas de Diana Fugitiva, Palas Atenea, La Vid, El Invierno y La Primavera las pasan por alto, están sucias y se siguen arruinando. Y las que se llevan a reparar nunca vuelven ni se sabe su paradero. Reponen a Rómulo y Remo, pero ya no están hechos de

bronce, los bebes inmortales ahora son de vulgar yeso pintado. Hay más ejemplos, pero con esos basta.

El público se renueva. Los visitantes traen diferentes objetivos, siempre legítimos. Están en su derecho. Para algunos es un mercado donde ganarse el sustento y vienen a hacer su comercio. Para los más vulnerables un hogar temporario. Los privilegiados lo aprovechan como espacio de ocio y esparcimiento. A los enamorados les basta con un espacio diminuto bajo la sombra de un árbol. Pero hablar de ellos sin pedirles permiso está lejos de mi interés. Prefiero poner el ojo en los seres mágicos que pueblan Lezama. Que los hay y no se ofenden, aprecian la efímera fama que puedo brindarles en estos textos. Los seres irreales son cualquier cosa menos vulgares e inocentes. Este es su único destino posible y bien que lo saben. No hay día que con sus actos no atrapen mi atención. Son indispensables, la argamasa que sostiene la leyenda.

Algunos de estos seres, que son de carne y hueso, caminan a dos aguas entre lo terrenal y lo mágico. Su mayor exponente es Javier. Habita en el punto más alto del parque. Donde se encuentran las calles Defensa y Brasil. De entrada, el visitante no lo nota, pero por donde vaya va a tener que ir bajando y si debe volver al punto de partida lo va a sentir en sus piernas pesadas.

En ese lugar, junto al monumento a Pedro de Mendoza, Javier tiene su santuario. Es un secreto, no es fácil darse cuenta de que sus latidos uniformes y acompasados regulan los acontecimientos del parque.

Con el pulgar de la mano derecha levantado sostiene al mundo. Al menos al mundo conocido. Si está para arriba acompañado de una sonrisa es que uno es bendecido por la vida. Es un día que merece ser vivido. Por eso cuando algún

amigo está sumido en la autocompasión le pido que me acompañe para verlo. Su solo saludo y la alegría de su rostro es un bálsamo suficiente contra la furia.

Se dice que Javier sabe disfrutar de no hacer nada. La verdad es que ignoro si esto que se dice es verdadero. Hay momentos en que está activo. En otros parece dormir un sueño eterno para nunca despertar. Si esto ocurre me acerco a ver si respira. No me avergüenza decir que tengo miedo de un día no encontrarlo. Y que el parque se quede a la deriva. Sin defensa contra los que odian sin pausa ni descanso. Porque no saben qué hacer con su vida. Esas almas en pena que pasan por el parque son las que Javier espanta, con su mano izquierda, para que no hagan daño.

¿Desde cuándo está Javier en el parque?

No se sabe con certeza desde cuándo Javier vive en el parque. Los vecinos más antiguos no recuerdan Lezama sin su presencia. Se lo ve más desmejorado, sus piernas más llagadas, sus pies más hinchados y su ropa más destruida. Pero siempre es Javier sentado a la intemperie en el mismo banco de madera. Acompañado de su balde amarillo sobre ruedas, botellas vacías, bolsas de residuos y palomas revoloteando alrededor de su cabeza.

Sabemos que está. Todos han intentado ayudarlo, todos se preguntan por qué no va a un refugio, todos rescatan que es muy educado. Pero nadie sabe desde cuando duerme al aire libre.

Camina suavemente sobre el parque sin hacerle daño, sus pies ligeros no pueden abandonar el predio. Como si el parque hubiera sido creado bajo su sombra. Es difícil imaginar el parque sin su presencia. Imposible imaginar a Javier rodeado de otro paisaje.

Si se le pregunta cómo llegó a vivir así, la respuesta es muy vaga. Siempre alude a un momento traumático, de quiebre, una traición. Una acción que solo puede cometerla un familiar, un amigo cercano. Otra cosa sería solo una estafa que afecta el bolsillo, pero no el corazón.

¿Quién no vivió algo así en su vida? ¿Quién no tuvo una sentida decepción? Qué fue diferente en este caso es un

misterio que dudo se pueda algún día descubrir.

Por qué un hombre culto con modales delicados termina viviendo en esas condiciones es algo que perturba e intriga.

Vive aferrado a sus bártulos. Bolsas negras que para el común de la gente son menos que basura. Pero son sus pertenencias y teme alejarse de ellas. Me consta que le han robado el termo de metal. Tuve que llevarle otro para que beba algo caliente. Dice que no puede tener cosas que brillen, que no pueden tener oro que demuestre su riqueza. Otros más pobres y con menos escrúpulos, en la noche, se aprovechan de su fragilidad.

Vivimos sujetos a nuestros pensamientos, ideales, a nuestras heridas. Resabios incómodos de experiencias que acumulamos como trastos viejos. Si se materializaran también se verían como un montón de bolsas negras. No somos tan distintos. Solo habitamos vibraciones diferentes. Javier muestra sus miedos, sus obsesiones, su vergüenza. Nosotros las ocultamos hábilmente de la vista de nuestros pares.

Haciendo señas me pide ayuda desde lejos para que no me olvide de pasar a verlo.

En el momento en que me acerco es cuando recién se pone a pensar qué necesita. Puede ser solo contarme cosas que piensa o compartir recuerdos traumáticos cuya trama no llego a comprender.

O algo de comida, pan fresco, agua caliente o agua fría. Que le cuide sus cosas mientras va a tirar el orín, que acumula en una botella de lavandina, a la alcantarilla que hay en la vereda. Donde sienta que nadie lo descubra. Javier nunca deja su orín en el parque. No es ese tipo de persona.

Si no nuestro entusiasmo en ayudarlo se asusta y cree que me siento ofendido. Si voy a faltar unos días es mejor

que se lo diga previamente, para que no entre en pánico. Una vuelta me dijo que había escuchado un rumor por ahí —señalando al bar británico— de que me había mudado.

Me siento muy ligado a Javier. Un poco en deuda porque fui creando un personaje de fantasía a partir de observar sus acciones y comentarios. Siempre respetando su espacio vital y sus tiempos. Un Javier que solo existe en mi imaginación. Pero es posible que esa no sea la única verdad. A cambio, Javier creó en mí un ayudante vital para su existencia. Soy, desde su punto de vista, un actor de reparto.

Me lo ha hecho saber diciéndome qué sería de su vida si yo no existiera. En otra ocasión afirmó que cada uno sobrevive como puede. Siempre con una sonrisa clara y abundante.

Nuestra relación tiene una dialéctica que excede mi comprensión. Aunque sospecho que es posible que no haya ningún vínculo humano verdadero, por banal que resulte a los ojos del vulgo, que no cumpla el mismo propósito que el de la leyenda de los 36 hombres justos. El de preservar la vida en la tierra de la ira del creador.

El secreto de Javier

*Dice el Talmud que hay cosas
que se pueden contar a muchos,
otras a pocas personas y otras que a nadie.
Agrega Clarice Lispector que hay cosas
que no quiere contarse ni a ella misma.*

Aunque no se perciba a primera vista, Javier y Pedro conviven en una curiosa armonía. A ellos no los amedrenta la lluvia ni mucho menos los altera la niebla. Javier se fastidia si hay una gran tormenta. A Pedro de Mendoza nada afecta su serena presencia.

Javier escribe con prolijidad, en una libreta naranja de tapa dura, sus diálogos con Pedro. En cambio, Pedro no puede siquiera tener una hoja de papel abierta entre sus manos.

Pedro está firme con su cabeza erguida apuntando su mirada hacia el horizonte. Sin importarle los curiosos que se agolpan alrededor de la fuente.

En cambio, Javier, en ciertos momentos, baja la testa. Recostado entre bolsas de nylon negras y botellas vacías de lavandina. Sentado en el banco de madera perpendicular a los aposentos de Pedro, aunque parezca dormido, Javier está despierto.

Cuando Javier ve algún conocido, levanta su mano derecha y sonríe. Sonreír es algo que nunca puede hacer

Pedro. Su mano derecha solo la usa para clavar la espada en el piso.

Las palomas se posan en los hombros de Pedro para sentirse seguras, saben que allá en lo alto nadie puede molestarlas. No les importa que su anfitrión las ignore. Para comer prefieren a Javier y que nadie crea que son meras migas de pan duro.

Ambos viven a la espera de la llegada de la noche, con el único fin de poder conversar sin que nadie los observe. Ninguno de los dos quiere que los tomen por locos y los encierren. Se cuidan de los chismes de la gente que habla por hablar y que no tiene nada más interesante para decir. Lo único que teme Javier es que lo secuestren para llevarlo al refugio para indigentes. Antes prefiere quedar rígido como Pedro, su confidente y compañero.

Pedro de Mendoza confesó, en unas de esas noches solitarias, que el monumento en el que vivirá por siempre es una broma macabra. Ni en sueños pensó en fundar una ciudad, mucho menos, imaginó su inmortalidad. Vino hasta estas pampas a buscar una cura para la sífilis que se contagió en el saqueo de Roma. Reconoce que venir a morir a estas tierras resultó un merecido castigo. Nunca pretendió ser un hombre justo, solo quería que dios perdonara sus pecados de lujuria. Menos aún comprende la razón de una india a su espalda, que lo acompañará por toda la eternidad. Una ironía de mal gusto. Fueron los querandíes los que sitiaron, mataron a su sobrino y privaron de alimentos a su gente. Tanto es así que los invasores terminaron comiéndose entre ellos como perros hambrientos.

Javier le dijo que se guarde ese oscuro secreto. A la gente no le interesa la verdad histórica. A los turistas les encanta sacarse fotos frente a la imponente estatua de un visionario.

Nunca lo harían frente a un hombre enfermo, enojado con la vida y con la muerte.

Mejor es mantenerse callado, aunque duela. Fue el sabio consejo que Pedro escuchó esa noche de su fiel escudero.

Javier no quiere que se sepa que tiene el poder de comunicarse con los muertos. Su libertad y la paz en que vive estarían en peligro. Lo acosarían todos aquellos que tienen temas pendientes con sus deudos. Ni qué hablar de los periodistas y los lunáticos. Vendrían los políticos buscando el apoyo de sus próceres. Nada bueno se puede esperar de su avaricia.

Para evitar sospechas, Javier se muda cerca del monumento a la Loba Romana. Sus almas se entienden y se protegen. Nadie se atreve con ellos si están juntos. A ella basta mirarla a los ojos para saber de su bravura; tiene la sonrisa de una hiena con las orejas recortadas como un pitbull. Javier es un ahijado más, como lo son Rómulo y Remo. Es mucho lo que tienen en común. No se puede afirmar que sean almas gemelas, pero sí que son complementarias.

Mientras la loba Luperca da de mamar con sus ocho ubres hinchadas a reventar, conversan de amores y rencores. Ambos detestan a los borrachos y a los pendencieros. Javier repite que él no es como ellos. Es su mantra para que no lo confundan con los vagos del parque. La loba recuerda que en sus tiempos abundaban los hombres que no respetaban ninguna ley. Cuando encontró a los mellizos fue más empática que los humanos y les dio de mamar para que no murieran de hambre. Cuando crecieron, sus vástagos postizos no hicieron honor a su legado y se convirtieron en unos vándalos sin remedio.

Javier no necesita moverse, ha logrado que el mundo gire a su alrededor. Ella no puede hacerlo. Está inmóvil tras la reja del monumento. Imposible saltarla salvo en su imaginación. Javier tiene un curioso don: sabe si un perro está sonriendo. La sonrisa de un perro es algo muy sutil que solo un alma como la de Javier puede reconocer. Los perros apenas entran al parque corren a saludarlo. Él sabe sus nombres, uno por uno. Ignora el de las personas, pero nunca olvida el nombre de un perro.

Los perros también aman a la loba, aunque nunca la miran a los ojos. Así son las reglas entre ellos, mirarse de frente se considera un desafío. Ninguno se siente a la altura para eso.

La loba no comprende a los que predicán la palabra de Dios. No eran tan fanáticos los sacerdotes en sus tiempos. Aún el hombre no había tenido la extraña teoría de que hay solo un Dios en el universo. Los dioses eran falibles, casi humanos. Nadie daría la vida por ellos.

Javier insiste en que ahora los religiosos vienen a meternos en problemas. Es justo decir que los predicadores ignoran a Javier. Saben que no necesita de su sermón.

En cambio, Teresa se interesa en Javier. Ella se mantiene milagrosamente en equilibrio. Un tanto inclinada hacia su derecha. En la mano sostiene un rosario. Es una pena que esté de espaldas al sur de la ciudad, donde están los más pobres entre los pobres, los que más necesitan de su auxilio.

Habita uno de los pocos lugares diáfanos del parque. Una terraza seca, sin árboles ni fuentes, con un balcón desde donde se ve la parte baja del parque y rejas de hierro que la separan de los fondos del Museo Histórico Nacional.

No hay siquiera una pequeña placa recordatoria que explique el motivo de su presencia entre nosotros. La

escultura está apoyada sobre un pedestal sin protección ante las inclemencias del tiempo y la consabida barbarie de los humanos.

Teresa es una más de los seres vulnerables que habitan en el parque, Javier se siente hermanado en su desgracia y la contiene. Con una rama seca y mucha paciencia, limpia las telarañas que se acumulan en el cuerpo de la santa mientras se queja del pobre estado de la escultura.

En la noche, cuando quedan en soledad, Javier le tiende su mano para que pueda bajarse a estirar las piernas. A ella le cuesta mucho relajarse, de tanto tiempo de estar inmóvil.

Cuando se recupera, juntos caminan como lo hacen dos viejos amigos que se encuentran después de mucho tiempo. Muy cerca un cuerpo del otro, para no dejarse caer. Santa Teresa de Calcuta está vestida con una túnica raída. De Javier ya sabemos su vestimenta.

Ella disfruta de la voz dulce y cantarina de Javier. Mientras él se sumerge en su alma limpia para compensar tanta basura que se acumula en el parque. Después de caminar juntos un par de horas Teresa se acerca al rostro de Javier y se despide con un suave beso en la mejilla. Luego él vuelve a su banco y ella lentamente camina a su humilde morada.

Es el secreto que le permite a Javier comenzar cada mañana con una sonrisa.

La seducción

Es irresistible el encanto que ejerce Javier sobre las mujeres rubias. No pueden evitar ser víctimas de su pasiva seducción. Algunas, con elegancia, visten una capelina color caqui cubriendo su cabello ondulado, vestidas con ropas holgadas y coloridas. De polleras largas hasta sus sandalias. De piel muy blanca y rasgos delicados. Jamás maquilladas ni teñidas. Su estilo es ser frescas, naturales. Así es como andan por la vida, deslizándose ajenas al dolor cotidiano que sufren los demás mortales. En esa ajenidad, se parecen un poco a Javier.

Parecen distraídas, pero están muy bien informadas de todo lo que pasa en el planeta. Las enamora las causas justas, las que afectan a los seres vulnerables. No las motivan las causas mezquinas. Ellas viven en el presente, aunque parecen venir de un glamoroso pasado.

Estas jóvenes mujeres reservan, para hablar con Javier, un tono de voz suave, musical. Sus palabras se trasladan por el aire como pidiendo permiso. Muy distinto del que usan con familiares o amigos.

Se acercan con una mezcla extraña de vergüenza y respeto. Quieren brindar su ofrenda: un paquete prolijamente envuelto. Su mayor deseo es que Javier lo acepte de buen grado.

Él siempre está atento a todo lo que lo rodea. Si ve venir a alguna de ellas esconde su cabeza entre sus bolsas como si intentara desaparecer. Solo quedan sus piernas a la vista. Aceptemos que Javier no es tan inocente y, un poco, se aprovecha de la situación. Se hace el dormido, para que la dama insista e insista. Como a cualquiera de nosotros le encanta hacerse desear.

De lejos parece que nuestra heroína le habla a un conjunto de objetos inanimados. Como no le responde se para en puntas de pie, tal como una bailarina, con la intención de ver por arriba de los bultos. Si nadie la ayuda va a tener que levantar la voz lo necesario para que salga y no parecer una loca más de las que andan por el parque.

Si estoy cerca de la escena salgo en su auxilio y comparto su nombre. Digo fuerte: se llama Javier. ¡Javier! Responden. Que le digan su nombre es la varita mágica que hace que levante la cabeza como si tuviera un resorte. Igual que esas cajitas que al sacar la tapa salta un payaso para tomarnos por sorpresa

Javier se siente seguro cuando lo nombran. Él quiere ser uno más de los que pueden ser nombrados. No es lo mismo recibir ayuda de quien no sabe tu nombre de pila. Esto lo entiende cualquiera.

En la siguiente escena Javier toma el paquete y sonrío. Como solo él sabe sonrío. A la benefactora le regala el pulgar levantado haciendo el gesto que inmortalizaron las redes sociales. No necesita abrir el paquete, la experiencia le indica que solo puede tener cosas buenas.

Si ella se atreve a hablar, en general solo es un intercambio mudo, Javier la escucha con mucha atención. Es un trato justo, nadie lo duda. Se tumba hacia atrás, cruza los brazos, y sonrío sabiéndose superior. De ser necesario tiene

a mano su mirada sentenciosa, pero espera no necesitarla. A él también le agradan estas visitas femeninas.

Para un observador atento el contraste resulta muy atractivo. Imposible abstraerse ante semejante espectáculo.

Concluido el intercambio la dama se va caminando, muy satisfecha. Luego de haber cumplido su objetivo vuelve a la gran ciudad. Está llamada a hacer grandes cosas y lo sabe.

Mientras tanto, en el parque, Javier se prepara para disfrutar de su regalo. No ha decidido aún si lo compartirá con la Loba o con Pedro de Mendoza. A Teresa no le va a interesar. Pero será más tarde, al caer la noche, cuando descubrirá de que se trata. Va a abrirlo cuando este seguro de que nadie lo está mirando. No le gusta la ostentación. Siente miedo a la envidia.

El dinero

Cuando entra el vino, sale el secreto.

Talmud Eruvín 65a.

No hace ruido al caminar ni intenta sorprenderte si se te acerca por la espalda. Sus pasos son delicados, dignos de un felino. No parecen ser los pasos de un hombre.

Es probable que quiera darte unos pocos pesos con el objetivo que le compres sal o lavandina. O pasta de dientes. Sobre la sal y la lavandina no tiene pretensiones, pero la pasta dental tiene que ser de triple acción, flúor. En lo posible, que no sea brasilera.

Son sus únicas necesidades reales. La comida la recibe de quienes lo veneran como lo que es: un rey sin corona, un sabio, un asceta en medio de la urbe ciudadana.

El billete que te va a dar será de poco valor o tal vez una moneda. Pero nunca un papel falso ni fuera de circulación. No busca estafarte.

Elige entre los *habitués* quién será intermediario con los comercios del barrio, porque él no sale del parque por ningún motivo.

Menos aún se rebaja a entrar a los negocios a mendigar como hacen otras personas en situación de calle.

No desea importunar a nadie con sus necesidades. No se perdonaría que alguien evite pasar a su lado por temor a la extorsión sutil que se teme de un mendigo.

No está en su lenguaje corporal extender su mano y molestar al que pasea por su parque.

¿Cómo consigue esos pesos? Sabemos que no necesita pedirlos. A Javier le resulta inaudito pedir limosna. La clave de su supervivencia es que nada necesita. Viviendo de este modo ocupa poco espacio vital. Y es el tiempo infinito que dispone para sí mismo un gran beneficio.

Algo recibe de las almas piadosas con los seres vulnerables, pero se supone que hay otras fuentes de ingreso.

Un rumor suena muy fuerte y es de que está protegido por los duendes.

Se habla de Melpómene, uno de los duendes alquímicos que mora en las alturas de los árboles.

La leyenda dice que convierte las lágrimas de todos los duendes en bronce (97% cobre, 3% estaño). Como los duendes son muy emotivos, sobran las lágrimas y con esa materia acuña las monedas que necesitan sus protegidos.

Con mucho cuidado los elige entre niños y poetas. Nunca entre los borrachos porque tienen la lengua muy suelta. Es importante que mantengan la reserva sobre el origen del dinero.

Melpómene teme a la avaricia humana. Lo asusta que quieran capturarlo para un uso exclusivo.

Por eso Javier es su preferido. Desconfiado de sus pares a más no poder, no se entrega fácilmente.

Tiene un alma vieja con mucha experiencia. Pero que también el alma de un niño con sueños de poesía.

Después de todo, Melpómene no hace ningún daño. Las pocas monedas que produce y se reparten en el parque no alteran la economía del universo.

La lluvia

Estuve presente en un momento en que comenzó a gotear y pude ver cómo Javier rescataba un libro de entre sus petates.

Tenía letras de colores vivos en su tapa, de fondo era blanco como la nieve.

Era un libro grande del formato que es habitual en las ediciones de arte.

No me importó la lluvia, valía la pena la oportunidad de revelar el mayor misterio del parque.

¿Dónde va Javier a refugiarse cuando llueve? Hay rumores de que se vuelve invisible en esos instantes y por eso nunca lo vemos mojado, siempre seco a pesar de la tormenta por más furiosa que ella sea.

Lo esperable sería que tuviera un lugar donde esconderse, pero en el espacio que él habita no hay refugio visible.

Circulan muchas leyendas al respecto.

Se dice que se convierte en pájaro y se esconde entre los árboles. Se afirma que se vuelve oruga y se confunde con el pasto crecido, incluso hay rumores de que tiene una cueva oculta de su exclusivo uso y propiedad.

Nadie se atreve a preguntarle y sé por experiencia que no puede brindar una respuesta coherente de casi nada de lo que se lo interroga.

Supongo que me distraje con estos pensamientos porque no entiendo bien lo que pasó. Solo sé que comenzó a diluviar en el parque y luego de un relámpago que distrajo mi atención, solo quedaron frente a mi vista las tapas del libro. Era lo único que se veía bajo la espesa cortina de agua, que ya no eran las pocas gotas aisladas del principio de la escena.

Me acerqué al banco donde él siempre descansa, preocupado porque no distinguía la presencia de su enorme cuerpo, pero solo encontré el libro abierto en noventa grados sin que su lector diera señales de vida.

No pude resistirme a tomarlo con mis manos y hacerlo girar para poder husmear qué fue lo último que estaba leyendo antes de huir a vaya a saber dónde.

Imagínense mi sorpresa cuando, entre las páginas alcancé a ver una mano que salía del libro. Se abría y se cerraba rítmicamente, tan suave era el movimiento que distinguí las líneas que surcaban la palma de la mano. Se mantuvo unos momentos flotando en el espacio buscando llevarse alguna de sus botellas de lavandina al otro mundo. Alrededor del banco habían quedado varios envases huérfanos así que intente alcanzárselos, pero no llegue a tiempo. La mano desapareció ante mi vista sin dejar en el libro siquiera un rasguño o una cicatriz donde pudiera intentar penetrar mi propia mano para ayudarlo.

Aún conmocionado por el infrecuente espectáculo que pude presenciar comprendí cuál era su refugio ante la lluvia.

Sé que debo callarlo por su propia seguridad. No quiero pensar la ambición que puede despertar este poder en personas menos evolucionadas espiritualmente.

El Aleph

Esa mañana al verme con el libro de Borges en la mano a Javier se le iluminaron sus pequeños ojos. Se reclinó en el banco de plaza en el que vive y se dispuso a recordar. Me habló con el corazón. Las palabras recordar y corazón tienen una raíz común. La etimología de la palabra recordar es volver a pasar por el corazón, volver a sentir aquel aroma de la «Magdalena de Proust», aquella mirada o aquel gesto que permaneció sepultado en la memoria.

Los recuerdos, a ciertas personas, las remiten a lo más profundo de su ser. Siempre y cuando sea un ejercicio honesto, cordial, no una ficción para engañar al oyente. Javier no necesita hacerlo. Por eso vive en el parque, donde puede ser libre y sincero.

Todo comenzó por un libro, muy grueso, que acababa de comprar. Las obras completas de Borges, año 1974, editadas por la editorial Emecé. Quien me la vendió fue Antonio, uno de los librereros nómades que se gana la vida vendiendo libros usados en el parque. Los librereros son de las pocas personas en las que Javier confía. Javier siguió desde lejos toda nuestra transacción, contento tal vez, de que nos llevemos bien. Es natural alegrarse de que nuestros amigos se entiendan, una forma más de validar la intuición al elegirlos.

Cuando pasé a su lado, me miró con ternura, tenía una mirada que nunca le había visto y me dijo que había leído a Borges cuando estaba sano.

Incluso que lo conoció y que la mujer de Borges le había regalado un ejemplar de lujo.

Le pregunté cómo era la mujer que le había regalado el libro y me dijo: era «chiquita» y de «pelo blanco».

Asintió cuando dije que la mujer debería ser María Kodama.

Pero que el regalo lo perdió, no sabe dónde está. Aunque no lo dijo en forma explícita, su expresión reflejaba: ¿cómo voy a saberlo en el estado en que me encuentro?

Javier leía a Borges mientras su mamá limpiaba en una casa. La acompañaba al trabajo y él se quedaba leyendo en un banco que había en el patio, de lo que presumo, era un caserón de estilo inglés en algún barrio de Adrogué.

Un rayo de sol lo calentaba e iluminaba su lectura. Hizo un gesto con su mano haciendo la trayectoria de un rayo de sol que apunta hacia el texto.

Luego me preguntó si en la antología estaba el famoso cuento *El aleph*.

Ante mi confirmación quiso saber en qué página estaba. Que fuera la 617 lo tranquilizó, aunque no veo un motivo lógico para ello, su cara era de completa satisfacción. Otro número lo hubiera tomado como una traición o un mal presagio.

¿Se acordaría de qué hablaba el cuento llamado *El aleph*? Esa pequeña esfera tornasolada de apenas 2 o 3 centímetros de diámetro y cuyo nombre es la primera letra del alfabeto de la lengua sagrada. No me animé a preguntarle, por qué ese cuento y no otro, era el que tenía en su memoria. Descarté la obvia causa de la cercanía entre la casa de

Beatriz Viterbo y su actual morada porque para Javier la avenida Garay, a solo una cuadra del parque, es tan lejana como el desierto de Arizona.

No es sencillo entrar en su mundo, a mí me da miedo que una palabra fuera de lugar lo saque del ensueño. Me ha pasado alguna vez y aprendí la lección.

De pronto sonrió y como si leyera mi pensamiento, buceó en su frágil memoria el motivo del recuerdo. Me relató que él también había visto todo el universo en simultáneo en una pequeña circunferencia posada en el bajo relieve que tiene frente suyo. El bajo relieve se llama La Fundación y se encuentra en el lateral del monumento a Pedro de Mendoza que mira a la calle Defensa. Aclaremos que no fue ese el lugar donde se fundó la ciudad, esa es una mentira más de las tantas que se cuentan. Pero todo eso a Javier no le importa, él desea volver a encontrar ese círculo una vez más.

Se levantó de su trono y me señaló la pala del aborigen representado en el bajo relieve. O eso me pareció que quiso hacer. No estoy muy seguro porque todo ocurrió en un instante. Quizás fue otro punto del bajo relieve. O un diminuto punto en el lomo de la paloma que se posó por unos segundos en el monumento.

Después de este acto, el discurso de Javier volvió a ser difícil de seguir. Se sintió vulnerable al revelar su secreto. Confía en mí, pero como sabe que soy una persona que escribe sospecha que no soy capaz de mantener un secreto. Este mismo relato es la prueba viviente de que sus temores eran pertinentes.

Su soliloquio bastó para descubrir el motivo por el cual vive Javier en ese banco, teniendo opciones con más reparo, incluso en el mismo predio. Fue para evitar toda obligación

y todo deber que lo distraigan de su único objetivo. Anida en su alma la esperanza de volver a ver el universo y el microcosmos unidos en ese mismo punto. Después de esa experiencia nada lo podrá sorprender. Anhela repetirla antes de la inevitable noche del olvido.

Es posible que él sospeche que puede ser el observador elegido para poder dar testimonio.

Un náufrago es un náufrago

Javier es un náufrago en tierra firme, pero náufrago al fin. Su refugio es el espacio que rodea a la esquina de Brasil y Defensa. No le interesa ni visita la zona del Parque Lezama que da a la Avenida Alem, mucho menos la bajada a Martín García. Solo se siente seguro en la parte alta, lejos de lo que antaño sería la costa del río. ¿Siente vértigo de estar al ras del agua? ¿Le teme al fantasma de Elisa, la hija del Almirante Brown? ¿Nadie le informó que el río se alejó varias cuadras?

El «mar», la urbe en realidad, que lo expulsó no es otra que la ciudad de la furia. La misma cuya primera fundación dicen que fue en el lugar en que Javier ha hecho su hogar.

Hasta que el hambre y la soledad la devoraron. No quiero alardear conocimientos que no poseo, pero sospecho que no es una paradoja ni una parábola: es pura casualidad.

No me atrevo a preguntarle por qué eligió este parque para vivir. Además, dudo que pueda exponer sus razones con claridad. Se ha encerrado en ciertos hábitos de dudosa racionalidad, pero presumo de fundados motivos.

Esa esquina es un lugar privilegiado. Por ahí entran los turistas extranjeros, los enamorados, los curiosos, los artistas y los artesanos. Desde ahí Javier controla toda la vida del parque. Y en esa misma esquina tiene todo lo que necesita. De ser necesario, la Iglesia Ortodoxa Rusa lo auxilia con la comida. Contundente como a él le gusta decir, no como la

que llevamos nosotros: elaborada con vegetales que lo descomponen y que debe descartar a su pesar.

Que es un náufrago surge evidente los días de intenso calor. Esas tardes insoportables donde no le queda más remedio que exponerse sin la protección de su campera de color incierto. Su torso solo vestido con su remera verde. Despojado de su gorro de lana revela una cabellera revuelta pero completa. Incluso ha crecido con los años, envidia de más de uno que pierde el pelo por el stress. Él mismo tenía entradas en su cabeza que hoy ya no se vislumbran.

La remera verde actúa como una alerta para los vecinos. Porque luego del intenso calor llega la lluvia torrencial, de la que hay que protegerse. Es bienvenida, se lleva los restos que dejan los foráneos. Están de paso, no sienten que el parque sea su alma ni su corazón y entonces no lo cuidan. La lluvia es tan necesaria como el sol. Indispensable como la seguridad, ficticia o real, que da la tierra firme. Porque lo que más teme un hombre sin hogar no es a la intemperie. Es al abismo, la frontera que, sin tregua ni permiso, se abre bajo sus pies.

Dónde encontrar a Javier

A la derecha de todo mendigo está Dios

Para evitar toda especulación sobre lo verosímil del relato, sepan que, al día de hoy, Javier sigue viviendo en el parque. Interactúa poco con las personas, salvo con aquellas que lo ayudan a sobrevivir a la intemperie.

Invito al lector a conocerlo, con lo que han leído hasta aquí tienen pistas suficientes para encontrarlo mientras descansa en algunos de los bancos mencionados.

Solo pido que no lo ofendan ofreciéndole dinero. Es orgulloso y no le gusta que lo vean vulnerable. No lo dice abiertamente, pero se dice que hay un ángel que se encarga de que no le falte nada.

Si lo desean, como tributo, pueden llevarle una porción de pizza de jamón y queso o un sándwich de milanesa. Si es la hora de la merienda tres medialunas es la porción adecuada, en lo posible que no sean rellenas. Le cae muy mal y si se derrama el dulce puede hacerles daño a las palomas. Es toda comida que se vende en los numerosos negocios de la zona.

Aviso, por las dudas, que no aguanta el olor a pescado. Ni siquiera en las santas pascuas lo tolera. De fruta mejor no hablar, lo descompone y eso para quien vive en un parque es muy molesto porque lamentablemente no tiene sanitarios disponibles.

Si van con su perro mejor aún para que Javier dialogue. Desconfía en la gente que no tiene uno en su casa. A los perros les dice cosas bellas y les agradece haber venido. Nunca olvida sus nombres de pila. Ellos no se confunden con su aspecto descuidado. Le son leales como Argos lo fue con Ulises.

Si hacen lo que les digo van a recibir a cambio una amplia sonrisa. Agradable porque luce unos dientes perfectos. Tal vez, si está bien despierto, reciban un discurso sobre cómo debería ser el mundo para ser un lugar seguro. Me ha dicho que ha hablado con el presidente para estabilizar la economía. Pero a juzgar por los resultados parece que sus consejos han caído en saco roto.

Si toma confianza, es probable que les cuente la historia del homo sapiens desde el principio de los tiempos hasta el fin de la humanidad. Pero alerta porque no tiene un buen concepto de nuestra especie. Lo ilustra con detalles escalofriantes que solo él conoce por las tantas vidas que ha vivido. Pero esto es muy poco probable que ocurra en un primer encuentro. Mejor no ilusionarse y esperar.

Otros habitantes del parque

El loco de la esquina

Se cubre con sobretodos largos y se viste con pantalones floreados cuando hace calor. Anda en cueros cuando refresca.

Su vestimenta es indiferente al tiempo, pero hay algo que Javier me advirtió: vestido es amable, desnudo es agresivo.

Su ropa de talles amplios y colores surtidos la encuentra en los tachos de basura.

Alrededor de los cuales anda merodeando a la pesca de tesoros escondidos.

Tal vez algunas prendas las haya heredado de alguna vida pasada, presumo, más acomodada. Nada invita a preguntarle sobre su historia. Tiene una voz ronca, artificial, afónica como si hubiera sufrido una operación de garganta. Con ella insulta a los otros desplazados que deambulan por el parque sin esperar ninguna respuesta. No necesita otra cosa que oír su áspero monólogo.

Se siente el dueño de la calle y, al mismo tiempo, se sabe insignificante para los vecinos que viven en casas de material.

Hay días que intenta armar bronca, buscando pelea con quien se le ponga delante. De aburrido, solo para darle sentido a su existencia. Cuando no está medicado o cuando se asusta de su propia monotonía, termina con las manos en

la espalda acostado en el piso con varios policías a su alrededor.

No trabaja y, supongo, no puede hacerlo, pero a la mañana ayuda a los comerciantes a subir las cortinas de sus negocios con una energía agresiva, violenta. Mientras lo hace habla y habla sin sentido. Vocifera para que no se sepa lo vulnerable que se siente ante la gente que lleva una vida normal.

Un día me encontró subiendo una cocina a mi departamento y sin solicitar nada a cambio me ayudó a sostenerla.

Me contó que él calienta su comida en unas latas que pone al fuego en un lugar oscuro que le prestan. Me mostró orgulloso su pie diabético. Siempre anda descalzo, es imposible calzarlo por lo desmedido de su tamaño.

Ayuda sin pedir plata, su alma en pena solo espera que luego, en retribución, le respondan el saludo.

Si se acerca mucho resulta agresivo y uno se aleja. Aunque, a decir verdad, aún no he percibido nada de temer.

Lo peligroso es que detecte que evitamos su mirada. Su mayor miedo es sentir que no existe para los demás.

Tiene una vara de metal, con la cual hace la diferencia al revisar en los contenedores de residuos. Le sirve tanto para mantenerlos abiertos como para separar adentro la basura que le sirve.

Pincha con esa vara la comida que no quiere comer y la tira al medio de la calle, para que la coman los perros o las ratas.

No es raro verlo mantener una conversación muy animada con los maniqués del local de ropa de ocasión. Cuando se cansa de discutir se va mascullando insultos que nadie escucha.

Malo no es, o tan malo no debe ser porque en el reciente inaugurado local, con el sugerente nombre de la diosa griega de la brujería, le calientan el agua para el termo y se lo brindan con una sonrisa.

O será que el loco de la esquina es un producto inesperado de la alquimia que intenta el local mágico y se sienten responsables de su destino.

Porque antes de su apertura, que yo recuerde, no había reparado en este personaje tan extraño. Voy a consultar a mis vecinos y, si es como yo pienso, se las van a ver conmigo.

Espartaco y sus secuaces

nada hay tan fantástico como creer en la realidad y nada se parece tanto a las pesadillas como la vida cotidiana

Cuando los ven venir, visitantes y curiosos los fotografían con sus celulares hasta agotar sus baterías.

Entre todos ellos se destaca el Tracio. No es para menos porque le encanta simular poses guerreras con armas de fantasía sin pedir dinero a cambio. Los turistas pagarían gustosos, emocionados de encontrar a Espartaco caminando por San Telmo.

Él siente que su penuria es pasajera, se sabe miembro de una nobleza en desgracia. Pero noble al fin, prefiere divertirse con sus penas que andar dando lástima a cambio de comida. A su modo es como Javier: un auténtico caballero.

Su escandaloso aspecto es para tomarlo a risa, muy lejos de asustar a los curiosos que andan de paseo.

Lleva con orgullo una máscara plateada que cubre muy bien los ojos y la frente.

Está recortada prolijamente con sus propias manos. Camina con el tranco largo de los jóvenes guerreros. Dando saltos, vestido con un pantalón corto de color negro, sin remera ni calzado a la vista que lo proteja contra las inclemencias del tiempo.

Su torso musculoso brilla en la mañana, bañado en las aceitosas aguas de la fuente del monumento a Pedro de Mendoza.

Nuestro valiente héroe no corre riesgo de ser denunciado por usurpación de identidad o de violencia callejera. No es ningún peligro para la comunidad.

Un poco más tarde lo vemos caminando sobre el falso empedrado de la calle Defensa al 1200. Seguido de cerca por un colectivo multiétnico compuesto por godos, eslavos, griegos, cartagineses, bereberes. Todos seres vulnerables que recoge a su paso. Van gritando sus consignas en lenguas diferentes, ninguna de ellas comprensible. Siguen a Espartaco como si fuera un mesías.

Van arrastrando un bolsón enorme del que no hay que preocuparse porque no contiene pertrechos militares. Alberga en su interior cartones y botellas para malvender al primer comprador que se les aparezca en el camino. Para luego repartirse el botín y tener algo para pasar el día.

En esos momentos el tránsito se entorpece más de lo habitual. Los autos no se atreven a acercarse a un multitudinario ejército de esclavos por temor a provocar un accidente. Los vecinos miran para otro lado.

Es mejor no verlos, es mejor no hacerse cargo. Ojos que no ven, pobreza que no existe. Mejor es imaginarlos como extras de una película de las tantas que se filman en nuestro pintoresco barrio.

Desaparece al atardecer

La vida no es más que un sueño, pero no me despierten

Proverbio judío

Se la ve envejecida, su rostro está en armonía con una ropa que extraña épocas mejores. Es una mujer menuda de la edad indefinida que imprime la pobreza.

Da la impresión de que no está preparada para enfrentar la vida nómada. Atardece, en un rato va a estar más oscuro que otros días porque hay luces que no funcionan. Se roban los cables, el cobre lo pagan muy bien en el mercado negro. Y el municipio tarda en reponer la iluminación en el sur de la ciudad.

Cuando me acerco, ella me mira y sin que yo emita sonido alguno, me sonrío, se tapa con una colcha descolorida, se da media vuelta en el banco donde descansa y me promete: ¡me voy hasta que el mundo se arregle!

Me gusta como sonrío, me gustaría ayudarla, pero nada puedo decir más que la verdad:

—¡Esto no va a pasar nunca ¡¡El mundo no se va a arreglar por arte de magia!

—¡La vida es cruel, solo a veces hay momentos de paz!

Ella me responde:

—El batir de las alas de una mariposa entre nosotros en alguna otra parte produce un terremoto.

Perplejo, sigo paseando mientras trato de entender el mensaje. A los pocos minutos vuelvo al mismo lugar, pero la mujer ya no está acostada en el banco ni tampoco se la ve por los alrededores. Es raro, en su estado no podía desaparecer tan rápidamente de mi vista.

Pregunto a los otros vecinos que andan merodeando si saben algo, pero nadie sabe responderme. Si lo saben no lo van a decir, no quieren ser cómplices ni testigos.

Quizás para los demás era invisible y solo esperaba a manifestarse ante mi presencia.

No me atrevo a repetir lo que escuché a los vecinos por temor de que me tomen por loco. Por dar crédito a lo que dice una mujer en situación de calle pretendiendo ser una iluminada.

Temo que nunca vaya a volver si cumple su promesa. Me sentiría culpable de no haber hecho nada por evitarlo. Podría haber esbozado alguna frase esperanzadora en lugar de ser tan sentencioso. Como hago con Javier, le sigo la corriente y nunca le doy malas noticias. En cambio, emití una respuesta simple sin ver los matices de la situación.

Ahora solo queda esperar que haya sido una broma de mal gusto de algún duendecillo travieso que se transformó en mujer vulnerable al verme pasar.

Hay duendes que son capaces de cualquier cosa con tal de hacer sufrir a la gente y, para colmo, a menudo salen ilesos.

Una mujer negra

Asato es un amigo que desde hace algunos años está dedicado a preparar su espíritu para enfrentar el misterio de la muerte más que en los sinsabores de la vida. Salvo que sea jugar con sus nietos, nada le preocupa de lo cotidiano, lo suyo está en otro lado.

Su presencia, por personalidad y trayectoria, es para todos nosotros, los jugadores de go, el ancestral juego oriental, una gran referencia.

Esa tarde noche estábamos juntos en una esquina del barrio de constitución, cerca de nuestra antigua sede social donde momentos antes habíamos jugado una partida. Nos preguntábamos qué pasaría con nuestro país luego de las elecciones que estaban próximas a ocurrir.

Es normal en épocas de posibles cambios de gobierno hacer ese tipo de análisis.

Mi opinión es que la llamada izquierda y la llamada derecha aprenden de su rival y moderan discurso, evitan las cosas que resultan odiosas. El objetivo es lograr los votos intermedios que son los que definen una elección. Eso ha pasado varias veces a lo largo de nuestra historia.

Defino izquierda a la corriente de opinión de mayor control estatal, más regulaciones a las empresas, más subsidios. Del mismo modo defino derecha a más libre

mercado, con más represión de ser necesario, menos regulación a las actividades empresariales.

Todo esto sin tener en cuenta la corrupción, un mal congénito de los países latinoamericanos, pero que parece que en todas partes del mundo está, más o menos, presente.

Asato me decía que todos los sectores tienen algo que reclamar, que es difícil contener todos los deseos. Que aún somos un país joven. Él se siente parte de una antigua tradición que tiene mucho para enseñarnos, pero a la que no le prestamos atención.

Mi opinión es que la gente es muy temperamental y se pone en posiciones odiosas, exageradas. Que impiden un diálogo constructivo.

Junto a nosotros, sin participar de nuestra charla, había una corpulenta mujer negra. Daba la impresión de que ciertas partes de su cuerpo le sobrarian. Estaba vestida con muy poca ropa, sentada con un enorme celular en la mano, en el escalón de la ochava de un local cerrado ya desde hace un tiempo. Un comercio que ahora se ofrecía en alquiler, a la paciente espera de un inquilino con algún rubro más adecuado a las demandas de ese marginal y peligroso barrio.

Es una zona donde se concentra mucha actividad ilegal, especialmente venta de drogas y prostitución. El aspecto de la mujer encajaba con ese medio de vida.

Era evidente que ese momento era de descanso, no estaba trabajando. Se reía frente al celular como una niña, se notaba que se divertía. Y por supuesto no le interesaba el sesudo tema de nuestra conversación.

Soy un curioso irrecuperable y no podía dejar de observar la aparente contradicción entre la adicción al moderno y caro celular con la dejadez de su aspecto.

De golpe pasó un chico velozmente en bicicleta y le quitó el celular de la mano con mucha facilidad. Un ladronzuelo experimentado que sin duda ya había observado que ella estaba distraída mirando la pantalla.

Entonces la mujer negra me miró y me dijo simplemente: me robaron. A mi amigo japonés la mujer no le dirigió gesto alguno. Quizás le resultó invisible porque percibió que vive en otra dimensión espiritual.

Giró su cabeza hacia donde salió la bicicleta y no intentó nada, ni a gritar, ni siquiera a agitar los brazos. Nada más, sin energía, sin hacer escándalo. Con el fatalismo que habrá asumido otras desgracias que le ocurrieron en su vida.

No sintió que tuviera el derecho de reclamar lo suyo. Me recordó a Javier que cuando le robaron el termo no emitió queja alguna. Solo me pidió que le trajera uno que ya no usara para tomar algo caliente.

Sabía que no podría ir a la policía porque nada podrían hacer y lejos de ayudarla se aprovecharían de su humilde condición.

Es posible que en forma socarrona le dirían que siga entregando su cuerpo para conseguir dinero que le permitiera comprar otro. ¿Quién sabe si tenía papeles para estar en el país?

Todo eso habrá pasado por la mente de la mujer o quizás lo diera por sentado y ni siquiera se animara a pensarlo.

Tampoco inspiraba la pena que daría otra mujer sufrida en una situación similar.

Se volvió a sentar, ya sin su objeto de compañía, en la misma posición que estaba, callada, igual de vulnerable, pero bajo el peso de la más absoluta soledad.

No dijimos nada con Asato sobre lo que pasó alrededor nuestro. El incidente dio por terminada la conversación, que por cierto era tan inútil como el posible reclamo de la mujer negra.

Un par de cuadras caminé con cierto cuidado, el lugar lo ameritaba y yo sé que no debería andar a esa hora por esas calles desoladas.

Unas cuadras más adelante volví a mi cansino ritmo normal.

A medida que estuve más cerca de mi hogar, me sentí un poco más seguro.

La duendóloga

De lejos parece una de las tantas vendedoras que entran al parque con valijas o bolsas repletas de paquetes para vender los fines de semana.

La distingue la elección del lugar donde arma su improvisado puesto. Lo elige bajo los árboles bajitos cuyas ramas se abrazan formando una cúpula. Confía en que los duendes bajarán, ese día, a hacer contacto. Busca que haya hongos silvestres, es la señal de que andan cerca. Afirma que en esas condiciones aparece un portal a otra dimensión. Y un reparo ante las malas vibraciones.

La experta en duendes es brasilera y dice llamarse María Luz. Su nombre artístico está muy bien elegido, promete espiritualidad. Se hace entender con su portugués castellanizado, un decir musical le da un aire místico que predispone a escucharla. Y le gusta ayudar, no solo viene a hacer dinero.

Antes de abrir las cajas con los duendes que ella misma confecciona, realiza una ofrenda a sus seres amados. Cuelga manzanas rojas de las ramas del árbol para que los duendes absorban su energía. Las ofrendas pueden también ser un chocolate o cigarrillos. Es lo que esperan para comenzar sus travesuras.

Sin ruborizarse cuenta que llega a ver cientos de duendes vagar a su alrededor. Emiten un raro silbido, penetrante y

fuerte que solo ella escucha. En realidad, no solo ella, también Javier los escucha, pero no les da importancia, él prefiere interactuar con las palomas.

Me cuenta que son pequeños e inquietos, de solo 30 cm de alto y orejas alargadas.

Y en el caso de verlos aconseja no mirar fijos a sus ojos azules. Encandilan y pueden hipnotizar a los curiosos con resultados inesperados. Pero a ella la respetan y posan coquetos para que confeccione los muñecos a su imagen y semejanza.

Su negocio no es venderlos como adornos o juguetes. Media con los duendes para ayudar a las personas. Aunque traviosos y, por momentos, malhumorados, son sabios y prudentes para dar consejos. Lo hace por una colaboración voluntaria, siente que su destino es lograr una armónica convivencia entre duendecillos y seres humanos. Que tengan mejor prensa y que no se les tenga miedo. Dice que traen bienestar material y que hay que tener en cuenta que cada vez van a aparecer más, por el cambio de vibración que vive el mundo.

Para quien duda sobre la existencia de los duendes ella tiene buenas respuestas:

«Para verlos tenés que alzar la vista hacia la copa de los árboles que es donde andan a sus anchas haciendo tropelías. Se esconden en la frondosidad de la vegetación».

«Desde el suelo no se distingue un duende de un pájaro. Si no reconocés la especie es muy probable que sea un duende. Tienen esa capacidad: de lejos parecer aves. Es un pacto que han hecho otras especies y que les permite pasar desapercibidos cuando lo desean».

«Las personas no pueden imaginar que cuando los duendes toman agua, de tan inquietos, se le caen gotas de

sus cuencos. Dicen que son árboles que lloran, pero es una señal de que hay duendes viviendo en las alturas».

«Los duendes vinieron en los barcos de la conquista y se quedaron a vivir en el parque».

Ante la pregunta de si hay duendes benévolo y duendes malvados ella responde:

«Un águila es amenazante para su presa, pero nosotros no dejamos de admirarlos. Los duendes son lo que son, buenos o malos según desde el lugar donde se los mire».

Desde ese día dejé de mirar para abajo. Busco a los duendes en las alturas. Confieso que nunca divisé a ninguno, pero hay un abanico de verdes allá arriba que me deslumbró. Sin darme cuenta comencé a prestar más atención al cielo, que, según Pitágoras, es para lo que vino el hombre a la tierra. No, como creen todos, para encontrar el amor, hacerse rico, ejercer un poder o dejar huellas en la arena del tiempo. Solo prestar atención al cielo es nuestro destino.

Los sábados y los domingos vuelvo al parque con la esperanza de encontrarla y agradecerle el camino que abrió en mi mente. Confío en verla bajo los mismos árboles que ella definió como su portal. Como no la he encontrado hasta ahora, me pregunto, si ese portal también le sirvió para viajar al país de la gente pequeña. El mágico mundo con el que soñó desde niña.

Un dragón blanco

Hay un elegante dragón blanco pavoneándose en el parque. Es una curiosidad, todos los otros dragones que han llegado hasta nosotros son de tono oscuro. Pero si ya se demostró que hay cisnes negros, bien puede acompañarnos un orgulloso dragón blanco. Tiene alas de murciélago y le gusta levantar vuelo. Posa con falsa timidez, haciéndose el distraído, para que lo fotografíen. No es peligroso, no hay que temerle, las historias tenebrosas que se repiten sobre ellos son cuentos de las abuelas para distraer a los niños. Es exactamente al revés, el parque no es seguro para estos seres mágicos pero vulnerables. Hay banditas de adolescentes buscando camorra. Y desafiar a un dragón es una prueba de hombría que no van a dejar pasar si tienen la oportunidad. Por eso los dragones blancos nunca andan sin compañía. Este dragón tiene un cuidador que lo trae en bicicleta y lo devuelve a su hogar cuando anochece. Viajan juntos en el tren Roca. Ha ocurrido que algunos pasajeros protestan por que se permitan dragones en los vagones, pero a este lo toleran porque es muy tranquilo y silencioso. Su mayor temor es que no los dejen subir, por capricho o por miedo de los guardas ferroviarios. Tiemblan en pensar pasar la noche a la intemperie. Un dragón en la oscuridad no sabe cómo defenderse. Además, está el riesgo de que se demoren

demasiado con los cargosos turistas y pierdan el último servicio.

La bicicleta de tres ruedas que lo trae tiene montado en su parte trasera un mueble de madera lustrada, que, al desplegarse, oficia de escenario. Es ahí donde brinda sus dragonearías. Es cierto que no son muy variadas ni creativas. Sacar la lengua relampagueante y escupir fuego por la boca son las principales. Como lo sabe hacer cualquier dragón que se precie.

El chofer que lo traslada maneja orgulloso, empoderado, erguido sobre sus hombros, sin mirar hacia los costados. Viste un sobretodo negro con capucha y lleva anteojos oscuros. Oculta de ese modo sus delicados rasgos de proxeneta. Especializado en seres exóticos, reales o inmateriales, se beneficia con las habilidades de su mascota. Maneja sin temor a los autos que no respetan peatones ni antiguos triciclos. Confía en que ninguno se atreva a molestarlo si lo ven llevar un dragón blanco. A un dragón se le tiene respeto, o al menos se le tiene miedo. Es exactamente lo que aconsejaba Maquiavelo a los príncipes gobernantes.

Espera llegar al parque para vender el clásico *merchandaising* de los puestos de dragones: antiguos cuernos de cordero, calaveras pintadas de blanco, escamas de dragones trascendidos, espadas con lujosos mangos de madera. Y dragoncitos bebes saliendo de su cascarón. Hay dragones espirituales y hay dragones malignos. Estos pequeños son de los buenos, traen riqueza y amor a quien los lleva. Son aptos para la adopción. Los compren o no, nadie se puede abstraer de su hipnótica belleza.

Si la lluvia o el frío no espantan a los turistas, el afortunado chofer devenido maestro de ceremonias, va a

recibir alguna generosa propina. Y responderá las preguntas de alguna bella mujer nórdica seducida por nuestro dragón latino.

Mientras tanto, cuando no hace su mágico espectáculo, el dragón blanco luce imperturbable. Es solo una pose, no lo está en absoluto. Lo aterra el viril sonido de los tambores, el gesto adusto de los murgueros, el sudor de los bailarines de *capoeira*, el discurso repetido de políticos o las voces destempladas de aquellos que vienen a contarnos que el Mesías está a punto de volver. Su consuelo es hablar sobre ángeles y dioses con Javier. No de religiones, porque ambos las consideran variantes de las supersticiones.

El dragón es un ser complejo, frágil, sensible, incluso asustadizo. En algún momento va a cansarse y pedirá a gritos a su ladero que lo lleve de vuelta a su cueva.

Tiembla ante el rugir de los hombres que parecen vivir una guerra que definitivamente no es la suya. Teme que algún desorientado quiera emular la leyenda de San Jorge. Que, aunque no se tiene ninguna certeza de su existencia, los más variados pueblos de la tierra la veneran sin la menor sospecha.

Escapar del tumulto es razonable, porque dragón que huye sirve para otra leyenda. Él sabe que cuando llegue a su refugio se podrá desprender de su vestimenta y regalarse un merecido descanso con la satisfacción de la tarea cumplida. Y su compañero se relajará con la tranquilidad que le darán los bolsillos llenos.

Es pertinente una aclaración. Este dragón es un privilegiado. Los barrios humildes están repletos de dragones plebeyos. La mayor parte son ignorados y quedan librados a su suerte. Lejos del glamour del parque donde nuestro dragón es tratado como a un ángel. A ellos los

trasladan en carros oxidados, que a duras penas pueden rodar por las calles de tierra.

Si están de suerte los invitan a animar alguna fiesta infantil a cambio de la comida. En invierno, si estuvo lloviendo y la madera está mojada, los pobres sin techo les piden a los dragones ayuda para encender el fuego y poder calentarse las manos.

Estos dragones no son de interés puntual para esta historia, solo que no quiero dejar de mencionarlos para que no se crea que todos los dragones llevan una vida tan placentera. Que no todos nacieron en cuna de oro. Que la mayor parte la pelea como puede.

En beneficio de este relato, solo me detengo en las aventuras de nuestro orgulloso dragón blanco. Sus variadas mercancías y el astuto chofer que le saca provecho. Su presencia es indispensable en el delicioso paisaje que nos rodea.

Una princesa extraviada

La encontré sentada, con su mochila oficiando de respaldo, en un sector del parque que no está lo suficientemente limpio para una chica como ella. No me atreví a ofrecerle una manta para que se siente.

Llamaba la atención una princesa leyendo atentamente un libro, ajena a los movimientos de los habituales habitantes del Lezama. Era extraña su vestimenta, hacía ruido en el paisaje. Tapado marrón muy holgado para su menudo cuerpo. Solapas levantadas protegiendo su cuello. Botas de cuero hasta las rodillas, calzas de colores vivos y una gorra de lana gris oscuro. Hacía calor, no tanto como en pleno verano, pero tampoco era un día de invierno para estar tan abrigada. Muy cerca de ella otros jóvenes estaban de remera y algunos con short de baño.

No llegué a distinguir qué libro leía, picardía que siempre intento sin demasiado disimulo esperando que sea un texto conocido. Eso daría pie a iniciar una conversación. Como no me atreví a incomodarla me mantuve a cierta distancia. Aun así, pude ver su rostro y advertí sus rasgos delicados. No puede ser de otro modo una princesa, soy capaz de reconocerlas incluso lejos de su castillo.

Cuando regresé al parque para mi habitual rutina de ejercicios la volví a encontrar. Esta vez la tuve de frente y aunque ya era de noche reconocí su desconcierto.

Permanecía sentada en la bajada que da a la avenida Martín García, al costado del sendero que lleva al enorme monumento a Montevideo. Con los ojos bien abiertos, como si no tuviera derecho al pestañeo. Con una mirada estática enfocada hacia el sur. Igualmente vestida que cuando estaba leyendo. La mochila desbordada seguía siendo su respaldo, a su costado una bolsa de supermercado llena de libros. Parecía estar esperando un milagro o que la vinieran a buscar. Quizás fuera a su príncipe azul, que tal vez destiñe y solo viva en su imaginación. La princesa estaba perdida y, así como estaban las cosas, esa noche la pasaría en el parque. No es lugar para una princesa vulnerable, no está preparada para ello. No supe cómo ayudarla, tampoco intenté contacto visual que me habría dado una oportunidad de diálogo. Volví a mi hogar con la frustración de no haber sido solidario. Una ayuda que nunca pidió, es cierto. Si fuera un perrito abandonado hubiera activado los mecanismos habituales para darle cobijo. Si Javier necesita algo, aunque esté anocheciendo, me ocupo de buscarlo. En cambio, con una chica, princesa o plebeya, no supe qué hacer.

A las 4 de la mañana me desperté enojado por mi cobardía. Temiendo que podría pasarle lo peor. Otra mujercita quizás podría defenderse de la violencia al morar en la intemperie, pero esta princesa, estaba seguro que no. Nada podía hacer a esa hora. El hotel de la calle Brasil, llamado presuntuosamente Dos reyes, donde alguna vez pagué la noche de algún desamparado, estaba bien cerrado. A mi casa no podía traerla, porque desconfiaría de un destino peor. Los bares notables de la esquina de Brasil y Defensa cierran muy tarde pero no tanto. Así que volví a dormirme prometiéndome, durante el día, ofrecerle mi ayuda.

A la mañana la encontré haciendo ejercicios de *tai chi* acompañada de otra chica de remera blanca. Las dos solitas, sin más compañía. El tapado y sus otras pertenencias estaban al costado. Me alegré de que haya encontrado a alguien amable y sentí que todo podía ser para mejor. No tuve necesidad ni deseos de interrumpirla. Por su aspecto y por la ropa que tenía puesta confirmé la sospecha que había dormido bajo los árboles y las estrellas.

Cuando caía la tarde volví a encontrarla, y pensé que llegaba el momento de vencer mi timidez y preguntarle que hacía tan lejos de su reino.

Estaba sentada en las mesas de ajedrez desplegando un libro y marcando con resaltador amarillo un texto en un cuaderno. Tenía un vaso térmico, lo cual me llenó de alegría. No hay peor cosa que la falta de una infusión caliente para tomar cuando no se ha dormido bien. El libro era un enorme diccionario, de esos que no se usan desde hace mucho tiempo.

Cuando percibió mi presencia levantó la vista y se dispuso a dirigirme la mirada. Estaba cansada de sentirse observada y debía reaccionar. Sin ningún preámbulo me dijo algo que difícilmente pueda olvidar y cuyo significado aún intento comprender: «creo que al fin descubrí la palabra deseada, la que era imposible encontrar en soledad, valió la pena venir hasta aquí», y siguió absorta con su tarea sin darle la más mínima importancia a nuestra conversación.

A los pocos minutos guardó sus cosas en la mochila, el libro en la bolsa de compras y salió caminando a paso firme hasta el coqueto bulevar de la Avenida Caseros. La seguí a

prudente distancia sin saber por qué lo hacía, pero evitando que se sintiera perseguida. Cuando la perdí de vista, fue el instante en que supe que desaparecería de mi vida para siempre.

Pablo, su máquina de escribir y Tom Hanks

*El que acaricia a un animal dormido.
El que justifica o quiere justificar un mal que le han hecho.
El que agradece que en la tierra haya Stevenson.
El que prefiere que los otros tengan razón.
Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo.*
Jorge Luis Borges

Cada tanto recuerda el viejo y sabio arte de narrar. Que escribir es su pasión y que lo necesita para mantenerse vivo. Dice de sí mismo que es un escritor fracasado. Decirlo despierta la curiosidad de sus ocasionales compañeros. Reconoce que su ortografía es mediocre y que un gnomo malvado le roba las tildes. No dispone de biblioteca ni diccionarios para consultar. Es consciente de que necesita lectores lo suficientemente apasionados para comprenderlo y hacerlo conocido. No ignora que el autobombo no funciona, espera algún día ser descubierto por algún cazador de talentos. Sería mejor estando vivo, aunque sabe que es más fácil reivindicar a un muerto. Pactó varias veces con el diablo, eso debería alcanzar para cierta fama literaria. Después de todo rara vez un artista tiene un currículum impecable. Lamentablemente mucho de lo que escribió se perdió en sus periódicas mudanzas, se lo llevó el viento o se mojó con la lluvia.

Su lugar para escribir son las mesas de cemento que hay en el parque. No tiene cuadernos nuevos, un lujo para quien casi siempre está en la mala. Cuando está en la buena se gasta la guita en cualquier cosa, ahorrar para el día de mañana no es lo suyo. Entonces cualquier papel escrito de un solo lado que encuentre por ahí le viene bien.

Nunca se lo ve solo, siempre habrá otra alma solitaria que lo acompaña. En general son varias, a los homeless no les gusta andar en soledad. Cuando tiene algo que contar este será su público. Es amable, educado y popular entre las personas de su condición. Pero su pasión no son las personas. Pablo dice que el verdadero dios tiene la forma de un animal, no la de un ser humano. Por los perros tiene debilidad, dice que tienen ojos humanos. Son transparentes, no dan lugar a engaño. Si alguno se le acerca le dice mi amor, mi vida o cosas parecidas. Si una mujer es la dueña y cree que es un piropo para ella refunfuña para sus adentros. Se dice a sí mismo: «le dije a los perros no a la dueña».

Su estado es tan calamitoso que si pide cigarrillos siempre algún comedido lo aconseja que se cuide porque así se va a morir.

Orgullosa responde: «es un desperdicio entregar un cuerpo sano a la naturaleza, de mal gusto prolongar artificialmente la vida. Mal o bien he hecho mi parte. Es hora de irse».

Hace unos días se lo veía vestido con un saco a cuadros que parecía haber gozado mejor vida. Sumado a los anteojos oscuros, bermudas y sandalias ofrecía un aspecto extraño. Es lo que debía de tener para vestir, haga frío o calor. Seguramente el resto del vestuario lo perdió vaya a saber dónde.

Lo que también perdió es la Olivetti Lettera verde oscura. Ahora solo le queda escribir a mano. Vendió la máquina en la cual escribió numerosas historias que escuchó de la boca de sus amigos del parque.

Espero que el dinero obtenido le haya servido para pagar deudas, que en casos como el de Pablo equivale a salvar la vida. Perder su máquina fue en una de tantas ocasiones en que sintió haber perdido el norte.

Cuenta, si le preguntan, que la vendió a un ropavejero de la calle Defensa. No fue una compra ingenua, el comerciante tenía asegurada su venta con una buena ganancia, sabe que cada tanto viene un enviado de Tom Hanks a comprarlas.

El conocido actor las colecciona y las preserva de que se conviertan en chatarra. Es su granito de arena para cuidar el medio ambiente. Lujos que se dan en Hollywood. Cuando se siente atraído por alguna de ellas la usa para escribir sus relatos. Está convencido que las máquinas tienen vida propia y almacenan en su memoria los hechos de los que han sido testigos. Se conecta con esas anécdotas, cuanto más truculentas mejor. Así cualquiera escribe pienso yo, pero a quien le importa lo que yo opine.

Si esto es cierto, la máquina de escribir se llevó los relatos de las aventuras de Juanchi. Juanchi es un *beagle*, con cara de anciano sabio curtido por la vida, que se siente a gusto con los vagos del parque. Él mismo es un perro rescatado que ha vivido en la calle. A veces camina con la pata trasera derecha levantada porque tiene una artritis incurable. Algo que afecta a todos los de su raza.

Cuando detecta seres vulnerables Juanchi corre a saludarlos y ellos les abren sus corazones. No los juzga por las apariencias ni por los actos, sabe que detrás de una persona que no se ajusta a la moral imperante puede haber

un hombre justo. Es un perro con la disposición a contemplar de un gato. Un perro capaz de prestar sus ojos y sus oídos a la tragedia humana.

De haber sabido que necesitaba vender su máquina de escribir yo se la hubiera comprado, no sé para qué, pero lo habría hecho. Igual ya es tarde para reclamos. Al menos ahora sé que ciertas anécdotas que han ocurrido en Lezama lograrán cierta fama. Aunque escritas en inglés y situadas en el Central Park. De las que Juanchi fue testigo y compartió con su amigo Pablo. No es tan grave el cambio de escenario, después de todo, nuestro *beagle* no tiene por qué enterarse. Es un engreído y le molestaría que escriban sobre su vida sin su permiso.

Estoy tranquilo porque no creo que Pablo sea tan tonto y se lo diga.

Un chipriota entre nosotros

En el parque tenemos un chipriota como visitante habitual. Es un greco chipriota, para decirlo con mayor precisión. No cualquier parque de mi ciudad puede jactarse de tener uno. Alemanes, rusos, ingleses, latinos varios hay en todas partes. Pero chipriota es una *rara avis*. No sabemos cómo ni porque vino a parar a estas pampas. Ni de qué vive, todo el tiempo habla por teléfono, pero como no entendemos el idioma no podemos saber qué dice. Ni siquiera podemos discernir si no es una mímica para que pensemos que está muy ocupado.

Él tiene su versión que no duda en contarnos, pero es tan improbable que mejor no compartirla a riesgo de quedar como un charlatán. Además, si es verdad es poco importante, lo que importa es que está muchas horas en el parque paseando a su perra. Y su perra es preciosa y tranquila, con un pelaje en su hocico que parece un antifaz. Hay personajes como estos que no se llevan bien con la gente, pero tienen perros con muy buena energía. Lo vemos a menudo en el parque y viceversa, gente que no molesta a nadie tiene perros que ladran histéricos todo el día. Debe ser la ley de compensación humana canina. Si nadie aún la enunció es hora de que vayan al parque con un block borrador y un poco de paciencia. Si tienen ganas de escuchar y hacer estadísticas pueden hacerse famosos.

Eso es justamente lo que a nuestro chipriota no le interesa: escuchar. A él le gusta hablar y lo hace con la pasión de los conversos. Siempre habla de sí mismo, aunque matiza con opiniones sobre la política mundial. De todo tiene algo que decir y, a menudo, resulta verosímil. No es cuestión de quitarle méritos a nuestro ilustre visitante.

Es que nuestro amigo estuvo en el momento justo en el lugar adecuado. Por ejemplo, nos ilustra que la famosa primavera árabe que no fue en primavera, pero así la llamaron los europeos porque a ellos le interesaba que ocurriera. La primavera árabe fue en un invierno árabe. Viendo como terminó podemos decir que fue un frío invierno en el desierto.

Dice que fue uno de los tantos dirigentes juveniles que la impulsaron en Egipto, donde vivía. Pero luego se enojó con sus compañeros cuando terminaron apoyando un político misógino y de ultraderecha. Hicieron cálculos políticos mezquinos y fueron contra sus propios intereses porque según nuestro amigo eran *gays* apoyando a un homofóbico. En realidad, dijo putos, pero suena bastante mal. Se ve que para él no es tan así porque no tiene empacho en contarles a los vecinos del barrio que el mismo se considera bisexual.

Antes de cruzar a Egipto había luchado para unificar Chipre. La división de Chipre entre turcos y griegos dice que es artificial, solo consecuencia de la colonización británica. Antigua costumbre inglesa como con otros tantos conflictos territoriales que estaban bajo su tutela.

Estoy convencido de que nuestro visitante no se va más. O que si se va por un tiempo terminará volviendo. Ya superó, a mi entender, el test de residencia. Insulta a nuestros políticos como todos nosotros. Ser argentino es estar eternamente disconforme con quienes nos gobiernan y

con lo que somos. O mejor dicho es sentirse diferente del resto de nuestros compatriotas. Pensar que si viviéramos en otra parte no tendríamos que adaptarnos al sistema para sobrevivir y seríamos buena gente. Como si en otros países solo hubiera buena gente. Cuando escuché que decía que lo nuestro no tiene arreglo me di cuenta que era definitivamente argentino. Me dan ganas de firmarle yo mismo el DNI.

Dice que cuando llegó aquí ya estaba desilusionado de la política, ¡llegó al lugar ideal para aumentar la desilusión! El chipriota no se da cuenta de sus propias contradicciones tan ocupado se encuentra en hablar de sí mismo.

Además de la perra el chipriota ha adoptado un loro barranquero. Al modo de los beduinos que tienen halcones en su hombro el chipriota lleva un loro. No como el caso de Javier donde las palomas se suben a su cuerpo cuando se les da la gana. Este loro está siempre presente y se ocupa de ponerlo en vereda cuando dice cosas sin sentido. Si el chipriota no lo escucha el loro lo muerde en la oreja. El chipriota le dice pelotudo pero el loro no lo es, simplemente no aprendió el sabio arte humano de mentir.

Supongo, que a la larga va a aprender a hacerlo por temor de quedar en soledad, o de ser vendido a otro lunático. O terminar en manos de alguno de los indigentes que viven en el parque si al chipriota le agarra un ataque y no soporta más sus verdades.

Por ahora, si el chipriota lo trata mal el loro se rebela y lo amenaza con irse a volar. No comprende que el chipriota es un ser vulnerable que se construyó un mundo paralelo donde solo él puede vivir. Un tanto trágico, es cierto. Espero no se vayan pronto del parque porque es divertido verlos discutir.

Artistas de la calle Defensa

Este domingo se anuncia mal tiempo desde la media mañana hasta la noche. La voz va corriendo entre los artistas y parece que para ellos será otro fin de semana perdido. El pronóstico nunca es seguro, así que se quedan todo lo que aguantan a ver si los meteorólogos se equivocan y llega el buen clima.

Gardelito canta un tango sin ningún oyente a la vista. Su guitarra criolla luce esplendida y él impone su presencia, subido a un escalón, apoyado en la vereda contra la pared de un local donde lo aprecian y le permiten desplegar su escenografía.

Nadie le saca fotos ni lo escuchan, pero canta igual. En realidad, miente. No canta, sólo gesticula y rasga las cuerdas. La voz de Gardel sale de un equipo que tiene colgado de la pared, pero los extranjeros se hacen la ilusión de ver al zorzal criollo en vivo.

De repente, se cansa de estar solo y se baja del banco para conversar con el pirata Jack Sparrow. Quien tampoco sabe qué hacer porque no tiene a quien inspirar temor o hacer gracia en esta mañana desierta. Cuando Johnny Depp se acomoda la peluca para rascarse la cabeza se le asoman incipientes lagunas en su cabellera teñida de negro. Está un poco viejo y no le importa si se le nota. Teme que los piojos

se le hayan subido a su pelo y no hay pirata en la tierra que no les tenga pavura a esos incómodos insectos.

Al hombre de blanco se le cae una lágrima que corroe su cuidado maquillaje y le pide al hombre del viento que le sostenga el espejo para poder arreglarse. El hombre del viento primero se saca la corbata rígida, que hace como que se vuela, para no lastimar a su compañero. Es una escena tierna entre dos hombres solos que están esperando hacer dinero. Pero la del hombre maquillado no es una lágrima de pena si no que se cae por el frío. Sus emociones íntimas las deja para la semana, de esas lágrimas también tiene bastante. Pero eso es parte de su mundo secreto, que tiene que ocultar para mantenerse inmóvil, que es lo que se espera de una estatua viviente. Al hombre de viento no le sirve el viento verdadero, le conviene simularlo con su postura física y su trabajado atuendo. Así que será el primero en volverse a su casa porque no tiene esperanza de que el tiempo cambie lo suficiente para desarrollar su arte.

El mago está muy gordo, apenas le entra el traje. Se le ve la panza saliendo entre los botones de la camisa que alguna vez fue blanca y ahora está celeste de gastada. Permanece sentado en su mesita portátil donde vende juegos de magia caseros para ganarse la vida. Espera poder seducir con sus trucos a los escasos transeúntes. Desea que su magia haga efecto y le compren sus juegos artesanales.

El titiritero es un hombre menudo que mueve los hilos de un títere vestido con jeans y camisa exactamente igual a los que él usa. Su público son los niños que obligan a sus padres a verlos milonguear en espejo al títere y a su dueño. Pero hoy no hay chicos porque el cielo no acompaña. El hombre pequeño está triste y el títere está quieto. El artista reconoce que es otro el titiritero verdadero, más poderoso,

que tensa los hilos y decide tanto su suerte como la de su muñeco. Así las cosas, va preparando su valija para irse, aunque el día mejore los padres no arriesgan a sus niños a mojarse.

Carlitos Chaplin viene caminando por la vereda sosteniendo su antigua valija marrón que luce aún más vieja de lo que realmente es. Camina con los clásicos pies abiertos a los costados haciendo diez y diez. Sin duda el Vagabundo ha bajado del cielo. Me guiña un ojo cómplice porque sabe que admiro su homenaje. Le muestro mi pulgar en señal de aprobación y se ríe.

Unos pasos más adelante lo veo sacándose una foto con un turista chino. El chino, el único extranjero perdido que anda paseando en este feo día, le da unos cuantos pesos en agradecimiento. El fotógrafo ocasional resulta un miembro de los pueblos originarios que habitualmente atiende un puesto de artesanías indígenas que hoy no pudo abrir por el mal tiempo. Terminan la foto y para festejar el encuentro los tres golpean los puños en señal de confianza y alegría. Tres culturas unidas con una sonrisa inocente y sin palabras. Porque Charlot es mudo y los otros dos tampoco se entienden.

Los artistas de la calle Defensa se aflojan si no hay público para su arte. Al fin se muestran como son en realidad: vulnerables. Tal vez medio bohemios y puede que odien al sistema, pero todos necesitan los dólares de los turistas para vivir en la semana.

Los superhéroes se conocen

*Lo que más me sorprende del ser humano,
es que pierde la salud para ganar dinero,
luego pierde el dinero para recuperar la salud.*

Dalai Lama

No era la ruta habitual en la que vuelan los superhéroes. A ellos les gusta mostrarse en lo alto de los barrios acomodados. Por eso, el pobre, se desorientó volando por el sur de nuestra ciudad. Nos pasa a todos cuando estamos preocupados: perdemos la brújula. A nuestro Superman le preocupa no encontrar su lugar en el mundo.

Enfrascado en esos pensamientos pasó bajito sobre el parque Lezama y su capa se enredó en la copa de un árbol de tipas. El árbol que está más cerca del monumento a Pedro de Mendoza. No le quedó otra opción que bajar a la tierra para acomodarse el traje. Dicen que siempre ocurre lo mejor, puede ser este el caso, porque cayó cerca del banco de Miguel, el librero del árbol. Un superhéroe urbano, pero de bajo perfil que lo auxilió sin pedir nada a cambio. Los corazones de los superhéroes se conocen al instante. El superpoder del librero es que sabe qué libro necesita cada uno para sanar su alma. Al mejor estilo de lo que propone Umberto Eco: su biblioteca como su farmacia.

Miguel siempre tiene una anécdota para entretener a sus clientes. Ahora va a tener una más, la de compartir sus

tardes de verano con Superman en el Parque Lezama.

Supo tener una librería de libros usados muy concurrida, pero en una de las tantas crisis que padecemos no pudo sostener el valor del alquiler. Mucho no le preocupó porque su único deseo es poder estar tranquilo y leer. Para completar su magra jubilación vende algunos libros que le justifiquen el jornal. No tiene más gastos que el café con medialunas que se toma antes de volver a su casa. No pretende otra cosa. Otros sacrifican su vida para poder hacerlo algún día. Miguel hace lo que le gusta y lo hace ahora. Vive el presente, no espera el mañana.

Es cierto que, con la invasión de mosquitos en este verano, se le complica la ecuación económica porque los comerciantes se abusan con el precio del repelente. Pero esto tiene arreglo: tiene que vender más libros por día para justificar el jornal.

La mayor parte del tiempo lo pasa fresco bajo los árboles. Conversando con los vecinos que se detienen a ver sus libros. O con Javier que está a unos bancos de distancia. Se han hecho muy amigos y de paso se organizan para cuidarse las cosas cuando uno de ellos tiene que alejarse de sus cosas. Miguel, de sus libros bien acomodados en el piso; Javier, de sus bártulos.

Algunos turistas lo ignoran y pasan de largo, pero a Miguel ese desinterés solo le motiva una sonrisa. No saben lo que se pierden. En el parque está mejor que en su casa porque su techo es muy bajo y el del parque es el cielo. Otros se jactan de sus patios y jardines, el de Miguel es todo el frondoso arbolado y lo disfruta.

Su postura de lector concentrado, ajena a todo lo que ocurre alrededor, contagia a los paseantes. Como vende

barato y sabe mucho de literatura ha hecho una fiel clientela en nuestro barrio de artistas y bohemios solitarios.

Al que se acerca a sus libros le propone que lo pueden levantar sin compromiso para hojearlos, incluso les propone sentarte junto a él para compartir su lectura sin siquiera comprarlos.

Superman y Miguel se sintieron cercanos desde el primer momento. Superman se acomodó en el banco y aprovechó para arreglar su vestimenta. Miguel le prestó aguja e hilo para que remiende su capa. Le informó los horarios en que puede usar el baño del Museo Nacional para sus necesidades. Si lo desea, de noche puede levantar vuelo y dormir en la copa de los árboles, junto a los duendes. Se sabe que son incansables bromistas, pero Miguel asegura que lo van a respetar.

A Superman le agradó el modo relajado de ganarse la vida de nuestro librero del árbol. Así recuerda que era en su añorado planeta, la gente no acumulaba, solo vivía el presente. Al que no puede volver porque ya no existe. Pensó que si los habitantes de esa zona tienen esa filosofía de vida encontró un lugar donde sentirse a gusto.

Conocedor del alma humana como pocos, Miguel le dio un consejo: que la gente crea que es un hombre disfrazado de Superman. No que es el Superman verdadero. Así le darán propinas por sacarse fotos con él. Y no lo van a molestar con preguntas incómodas.

Lo único que tiene que hacer nuestro superhéroe es acercarse a los grupos esperando que detecten su presencia. Hay muchos en el verano, compartiendo sus historias de vida. No ofrecer nada, solo decirles que le encanta observarlos porque cree que la amistad es lo único importante en esta vida. Contarles que el planeta de donde

viene explotó hace siglos. Eso despierta una sonrisa cómplice porque todos entienden a qué se refiere. Y que de tanto luchar contra los malos perdió las ganas de volar. Solo conserva la capa colorada y la usa, aunque haga un calor sofocante. No pedirles dinero, a la gente nunca le sobra la plata. Pocas veces fallará, siempre alguno juntará unos pesos para ayudarlo a cambio de una foto.

Cuando cae el sol Miguel se va a su casa. Con su changuito y sus bolsos llenos de los libros que no pudo vender. Superman se queda solo y no tiene a nadie con quien hablar. Con el poco dinero que juntó espera poder pagarse una pieza en alguna pensión del barrio. En lo posible prefiere no dormir a la intemperie. No le gusta madrugar y, allá arriba, no tiene intimidad cuando sale el sol. Vivir en la calle es muy deprimente, afecta la autoestima de cualquier superhéroe.

Dicen los extranjeros, cuando conocen nuestras costumbres, que los que vivimos aquí somos artistas de la supervivencia. La prueba de ello es lo que les cuesta el día a día a nuestros superhéroes.

Un sótano inusual

Cuando vinimos a ver el departamento no nos informaron de la existencia de un sótano. No se veía señal alguna que nos invitara a husmear bajo el suelo. Desde mi más tierna infancia he soñado con balcones, vivo esperando encontrar alguno de los que poblaron mis fantasías. Por eso pregunto por balcones ocultos, pero por sótanos nunca pregunté. Igual, de haber habido debería haberme dado cuenta. No había, estoy seguro.

Los anteriores propietarios dicen que cuando vivían ellos el sótano no estaba. Afirman que hubieran pedido más dinero por la casa. A mí me parece que la casa nos engañó a todos.

No estoy de acuerdo con que hubiera aumentado el valor del departamento. Dudo que, de saberlo, resultara más valioso porque no hay modo de bajar al sótano desde nuestro hogar. Intenté hacer un reclamo, pero sin devolver la casa, parece que nada puedo hacer. A nadie le agrada tener un sótano bajo los pies, que no se puede aprovechar. El abogado dijo que sería muy difícil probar que el sótano estaba previamente a la compra. Sería mi palabra contra la de ellos. Cuesta creer que un sótano aparezca de la nada. Mientras tanto, el sótano permanece debajo del piso ajeno a nuestras preocupaciones.

Me enteré de su existencia por una invasión de babosas que subieron desde el suelo. Eran miles de babosas blancas, no muy grandes pero asquerosas. Mi mujer no pudo dormir pensando en cómo acabarlas. Ahí me di cuenta de que algo andaba mal, que tenía que haber vida abajo nuestro y que estaría el ambiente espantosamente húmedo.

Javier me aconsejó pedir ayuda a Marcelo, se conocen desde hace años. Me atendió amablemente cuando le expliqué mi problema. No sé si porque le hablo bien de mí o porque le caí simpático. Marcelo es un hombre solitario de unos cincuenta años que anda con muletas porque tiene un pie muy hinchado y el otro apenas puede apoyarlo. Dicen las malas lenguas que se golpeó de tan borracho que anda por las noches. No se puede recuperar porque cada tanto se vuelve a caer. Me pidió unos pocos pesos para ir al sótano y poner veneno. Sabía de un pasadizo secreto. Lo dijo con la naturalidad de saberse el único que puede entrar a resolver los problemas del mundo subterráneo. Le pregunté si podía acompañarlo y no me respondió, lo que asumí como una negativa. Lástima no haberlo conocido antes de comprar la casa. Vivió toda su vida en el edificio donde está nuestra vivienda, algo debe de saber. Le pregunté si el sótano estuvo siempre y no supo responderme. No le gusta la luz natural, estar bajo tierra le sienta bien, así que bajó rápidamente a ver cuál era el problema. Mas no quise preguntarle porque no quiero que se enoje y es el único que puede ayudarme. Fueron babosas, pero pueden ser otras alimañas de las que ni siquiera sé sus nombres.

Le pregunté si hay alacranes y me dijo que no los conocía. No se había enterado de la invasión que sufrimos en nuestra ciudad. No lee los diarios ni mira televisión.

Continuamos viviendo en la casa que siempre soñamos, con un sótano al que no tenemos acceso. Que encima me acusan de haberlo construido sin pedir permiso. Con babosas que salen cuando quieren pero que por pocos pesos podemos controlar. Pude convencer a mi mujer que nada era tan grave. Que disfrute San Telmo mientras pueda, que fue el lugar donde soñamos vivir desde que juntamos nuestros destinos.

Pero un día aparecieron dos ratones, no muy feos por suerte. Esos ratones que parecen de peluche, gorditos, pequeños, casi amorosos. Me dio pena tener que perseguirlos. No encontré por donde entraron, pero seguro que era desde el sótano. Un sótano sin roedores no merece tener ese nombre. Así que le pedí a mi gato que me ayude a atraparlos, le informé que yo los había visto pasar protegidos por las sombras de la noche. Mi gato no se interesa mucho en comer ratones ni palomas. Cada día le traemos comida más rica, más gourmet. La comida tiene jengibre, pavo, coco, zapallo, arándanos, manzanilla etc. En el *pet shop* saben que mi mujer no se priva de comprarles lo mejor. Así que Nico, el gato que cuando traje a casa era medio salvaje, ya no quiere comerse a los ratones. Pero al menos, de lástima, me ayudó a atraparlos. Al primero me lo trajo como si fuera una pelota de tenis, empujándolo de una pata a la otra. Lo atontó, pero sin matarlo. No vaya a ser cosa que se ensucie mi gato con sangre de ratón.

En un santiamén lo llevó hasta el marco de la puerta de mi escritorio donde había una rajadura de la que yo no tenía idea. El ratón se tiró por esa grieta desesperado, agradeciendo que mi gato fuera tan delicado. El otro ratoncito lo siguió solo, no tuvo Nico ni siquiera que molestarse en ir a buscarlo. Así ambos ratones

desaparecieron de mi vista. Por supuesto arreglé la rajadura para que no me vuelvan a darme una sorpresa. Le pregunté a Marcelo si había muchos roedores abajo y me dijo que nunca había visto ninguno. Pero que este era un sótano nuevo así que no puede estar seguro. No le creí ni una palabra, pero sé que no puedo pelearme con él. Incluso le ofrecí comprarle muletas de aluminio, que son más livianas que las de madera, para que se pueda mover más cómodo. Pero no quiso deberme un favor.

En el bar de la esquina me contaron una historia cuando me puse a relatar mis penas. Por abajo de mi casa, según ellos, corre un río. Son viejos mozos del barrio, saben todo lo que pasa, lo que ha pasado y lo otro lo inventan. Dicen que es un río que desemboca en el Río de la Plata, que viene del lado de la avenida 9 de julio. Como el que corre debajo de la calle Chile que está entubado bajo tierra. Según ellos pasa justo por mi casa, o muy cerca. Volví temblando porque un río fluyendo es algo peligroso. Los cimientos pueden ceder y caerse el edificio. No sé cómo el gobierno no nos informa. Tienen que entubarlo para que estemos tranquilos. Difícil con nosotros viviendo ahí. Voy de nuevo a ver a Marcelo. Se está cambiando la venda del pie hinchado, le digo de ayudarlo, pero no quiere porque Marcelo es muy orgulloso. Le pregunto por el río y, por supuesto, sabía. No era un río me dijo, era una corriente de agua que pasaba por debajo del sótano y solo ocasionalmente lo inundaba.

Debajo de la habitación donde está mi escritorio había otra habitación exactamente igual donde alguna vez hubo un aljibe. Me dijo Marcelo que un día salvó un operario de caerse en el pozo agarrándolo con la mano. Pero no fue por eso que ese día cerraron el sótano. O sea que hubo un sótano que cerraron alguna vez pensé, pero no dije nada

porque Marcelo no es muy veraz en sus comentarios. Lo cerraron porque murió una persona queriendo salir a la superficie cuando subía el agua. Resultó que al subir por una vieja escalera de madera esta se rompió y se clavó unos clavos oxidados en la pierna que le provocaron una infección que lo llevo a la muerte. Llenaron el sótano de escombros, lo clausuraron e hicieron un pacto de silencio entre los vecinos porque no querían tener mala prensa. No es buena idea que vinieran a inspeccionar las autoridades del municipio. Esto parece que pasó hace muchos años, nadie puede saber si es cierto o si es otra leyenda urbana. De ser cierto tengo un fiambre debajo de mis pies. Marcelo se había olvidado de contármelo. Pero un río no desaparece porque se le impida el paso, a lo sumo la corriente se desvía. Algún vecino cercano está sufriendo el cauce de agua que sube sin motivo. No lo hace por lluvias intensas ni por sudestadas, sube el agua hasta la superficie solo por nostalgia. Para atrapar y llevarse los mejores sueños de la gente porque esa es la sustancia de la que se alimenta. No es un agua mansa, y los vecinos no deben saber el porqué de esa masa líquida que los invade. Una corriente de agua que se lleva las fantasías de la gente mientras duerme.

Una mañana, en el living, veo al ras del suelo una rejilla de ventilación. No estaba, de eso estoy seguro. Es una rejilla nueva, flamante. Se ve que la construyeron dentro del sótano porque les falta el aire. Los que viven ahí abajo, está claro. Grité por la rejilla y nadie me respondió. Seguramente los de abajo son sordos. Quizás también sean ciegos. Pero son muy trabajadores porque la rejilla apareció en un abrir y cerrar de ojos. Pensé en tapárselas, pero por ahí es peor porque van a querer salir por otro lado. Es como tapar un hormiguero. Si necesitan algo no me lo han pedido. Todo

me parece muy raro así que vuelvo a hablar con Marcelo. Voy con cuidado porque el pobre Marcelo no tiene la culpa, pero es el único que puede ayudarme.

Me dice que siempre hubo fantasmas ahí abajo: son las almas de los esclavos que vivieron aquí en la época colonial.

En lo que hoy es el Parque Lezama, a pocos metros de la casa, funcionaba la Real Compañía de Filipinas, un depósito de esclavos esperando ser vendidos al mejor postor.

Debe ser cierto porque a veces los escucho cantar sus bellas canciones melancólicas. Creía que venía de alguna casa vecina, pero descubrí que viene del sótano. Además, como vivo al fondo, no me entero, pero hay miembros de esa comunidad que viene a rezar por el alma de las víctimas de hace 200 años y eso, a las almas, las estimula. Se ve que nunca hice la pregunta correcta, sótano no había hasta que volvió, pero fantasmas sobran.

Es posible que antes el sótano pasara desapercibido porque se mantenía muy pequeño, casi en estado larval. Pero al llegar nosotros, gente sensible al drama de las minorías, de los vulnerables, los antiguos esclavos se sintieron confiados de hacerlo crecer. Pensaron que había llegado su hora, el momento de su reivindicación.

Somos gente buena pero un sótano que crece asusta mucho. Porque si un sótano se expande no se puede controlar. Seríamos responsables por no avisar a las autoridades. Podría tomar todo el barrio e incluso toda la ciudad. Nadie es capaz de prever las consecuencias.

En definitiva, descubrimos que tan sensibles no éramos, lo nuestro es más bien una pose. Algo que queda bien mientras no nos comprometa demasiado. Se diría que somos

políticamente correctos, pero cuando algo nos invade la intimidad no nos gusta un pepino y montamos en cólera como cualquier mortal. Mejor dicho, como cualquier propietario que cuida su patrimonio.

El duende Rafa

El encuentro con el duende Rafa se demoró más de la cuenta por un motivo de lo más curioso: mi obstinada resistencia al consumo de harinas refinadas.

Cuando me veía pasar cerca la bicicleta que lo lleva por el parque, el duende Rafa intentaba hablarme. No registré sus mensajes, como disculpa puedo decir que no me lo esperaba de lo que parecía ser un simple muñeco artesanal.

En realidad, no es tan extraño porque sabemos que los maestros y los sanadores del corazón llegan cuando uno está preparado para escuchar.

Para describir la situación es necesario decir que los ciclistas que llevan Las Delicias del Duende solo usan harina común, la más barata y popular. El duende vive en el parque Lezama, si fuera en los bosques de Palermo serían hechas con harina orgánica, masa madre, centeno y vaya a saber qué más. En nuestro parque la gente es humilde de bolsillo y de sabores. Prefieren lo clásico y sencillo.

Los veía circular con su simpática vestimenta blanca ofreciendo sus delicias y los saludaba con sincera simpatía. Sentía un poco de culpa al no comprarles ni un bollo ni una torta por el famoso asunto de la harina refinada.

Llegó un día en que Javier me pidió algo inusual: un budín marmolado con base de limón. Recorrí panaderías y almacenes de la zona y nadie tenía algo así. Soy consciente

de que no estoy obligado a satisfacer sus pedidos puntuales porque un budín tan específico no es hambre. Era solo un deseo que tal vez lo transportara a épocas mejores de su vida y eso es algo que puedo comprender.

Resultó que los ciclistas tenían el famoso budín tal cual lo quería Javier. Ahora que lo pienso tanta casualidad debería ser sospechosa. Pero eso lo pienso ahora, en el momento les compré el budín y se lo lleve a Javier que me lo recibió con una de sus clásicas sonrisas de agradecimiento que me ofrece cuando le satisfago algún capricho.

Al estar cerca, al fin, el duende y yo, hicimos contacto y nunca más dejamos de hablarnos. Hablar es un decir, los duendes son télépatas y solo hay que tener la mente abierta para escucharlos.

Sin preámbulos, me dijo: «La piedra que aún permanece en tu pecho solo un duende te la podría sacar. Una piedra a la que no la corroe el agua ni la erosiona el viento. Es blanca y dura, tiene el tamaño del puño de un niño. Es la señal de que no estás en tu cauce».

Por mi expresión de asombro se dio cuenta que dio en el clavo. No le había preguntado nada y me quedé paralizado al escucharlo.

Insistió en que, cuando esté preparado, va a llegar mi duende de la guarda y la piedra saldrá eyectada en forma perpendicular sin la intervención de mi voluntad. No va a ser indoloro porque estas energías de la tristeza están firmemente soldadas al corazón. Como solo lo similar cura lo similar, va a tener que hacer mucha fuerza para salir.

Los métodos de los duendes suelen ser crueles, pero cruel es la naturaleza. Aún más para quien tiene ideas preconcebidas sobre cómo deberían ser las cosas.

Todo esto ocurrió en breves instantes mientras los ciclistas convencían a una pareja de enamorados que estaban sentados en uno de los bancos del parque para que les compraran sus delicias. Ninguno de ellos pareció registrar lo que ocurría a mi alrededor. Agradecí esa privacidad. No me agrada compartir mis penas. Es mejor sonreír y que el mundo sonría contigo. O viajar de incógnito, como un muñeco, inmóvil pero atento.

Ahora sé, por boca del propio duende, que la historia que cuentan los ciclistas es solo una mentira simpática que no hace daño contar. Dicen que el duende Rafa se los regaló un Chamán en la selva ecuatoriana diciéndole que con él en su alforja nunca pasarían hambre ni frío ni soledad.

Afirmaba el Chaman que el duende Rafa tiene el poder de conferir abundancia y prosperidad. Con su ayuda cualquier proyecto puede alcanzar el éxito y la buena suerte acompaña a quien lo invoca.

La historia suena bien y se lo puede ver, acostado, mirando fijo al cielo, aparentemente inmóvil, sujeto al manubrio de la bicicleta del chef principal.

La realidad es muy diferente. Fue el propio duende quien creó a los ciclistas y a las confituras que ofrecen contando que las hornean en la noche. Esta pareja es la coartada perfecta que le permite al duende buscar corazones solitarios que necesiten de su magia.

Ellos no cocinan nada, es el duende que crea todo lo que necesitan. Solo cuentan la historia y andan. Es fama que a los duendes les gusta mostrarse en grupos brincando con ágiles y burlones movimientos. Un duende solitario que solo se codea con humanos es un duende singular y merece respeto. El Rafa es un duende travieso, pero desea lo mejor para la gente. Él sabe que si se presentara como duende no

lograría hacerse escuchar. La gente se moriría de miedo de verlo salir, con su sonrisa burlona, desde atrás de un árbol. Tan pequeño y tan extraño al mundo humano.

Descubrió que la mejor manera de acercarse a las personas es hacerse pasar por un muñeco, por un duende de juguete. Lo lleva en su manubrio el simpático panadero con su típico gorro blanco. Es extrovertido y sabe romper el hielo para que la gente le compre sus delicias. No va solo, lo acompaña una jovencita en otra bicicleta que lo asiste con una sonrisa fresca mientras él se abre camino. Promocionan su panadería ambulante con el nombre Sabores del Duende, diciendo que es el modo en que se ganan la vida.

Hasta aquí la historia no tiene nada de extraño. Duendes que crean panaderos que reparten buena energía hay en todas las ciudades del mundo. Son el mejor vehículo para transmitir su mensaje. El pan juega un papel importante en la regulación de la sociedad, su alteración afecta la economía familiar, y tiene repercusiones en la estabilidad emocional de los ciudadanos.

Por el pan ha habido revoluciones y disturbios. Estos eventos a menudo se conocen como "revueltas del pan" y suelen ocurrir cuando los precios del pan aumentan más de la cuenta, lo que provoca malestar entre la población, especialmente entre vulnerables de la sociedad. Ese hecho persiste en nuestro inconsciente. Por eso el pan es el vehículo elegido por el duende. Nadie se resiste al pan ni a las delicias que se hacen con dulces y harinas.

Pero lo de vender es solo una excusa. El objetivo del duende no es hacer dinero. Tampoco regalarlo porque lo regalado no se valora. Le interesa estar en contacto con la gente para ayudarla a vivir mejor.

Quando encuentran un alma que necesita su ayuda se dispone a escuchar. Aunque no lo necesita, apenas se pone en contacto descubre el mal que aqueja a su interlocutor.

Calla cuando percibe el miedo a conocer la realidad. Aprender a callar le costó mucho más que aprender a hablar porque, a veces, la verdad duele tanto como la mentira.

Una vez vulnerable, siempre vulnerable

Amores en pugna

Desde hace tiempo vivo sumergido en medio de un tironeo amoroso. O un tironeo de odio, depende cómo se lo quiera ver. No puedo separarme de ninguna de las dos y ambas lo saben a la perfección.

Son lo suficientemente egoístas para no permitirse ceder un centímetro de sus demandas. La situación es intolerable o, mejor dicho, son ellas las que no se toleran y hacen que mi vida sea difícil de tolerar.

Pensar que con mi actual mujer nos cruzamos frente a la puerta de calle donde hoy es nuestro hogar, hace más de 40 años. Ella venía caminando desde el Parque Lezama y yo caminaba en dirección opuesta. Nos conocíamos, pero fue en ese instante cuando nos observamos con ojos enamorados. Ojos imprudentes que solo ven lo que quieren ver sin medir las dificultades que se avecinan. Lo que se dice un flechazo fatal. Eran los tiempos en que el amor surgía cara a cara, no por las redes ni por mensajes de texto.

Era imposible imaginar lo que hoy sabemos. Que fue todo parte del plan maquiavélico de la «otra». Aquella vez no pudimos verla, era reservada y no se dejaba apreciar desde la calle, pero registró nuestra energía. Para la Magnolia las paredes no son un obstáculo cuando le interesa y se lo propone. Con el tiempo descubrimos que no estábamos viviendo en esta casa por nuestra decisión. La Magnolia nos

eligió para cuidar el templo sagrado que generó a su alrededor. Sabe que si uno tiene una magnolia en su hogar solo tiene dos opciones: sucumbir a su tiranía ancestral o mudarse.

Cuando luego de muchos años volvimos al lugar atraídos por un descuidado aviso de venta, pude verla. Me impactó de inmediato, soberana y ajena a toda preocupación humana. La reconocí como se reconoce a los seres queridos que forman parte de nuestro pasado. O que pretenden serlo de nuestro futuro. No me importó que todo el resto de la casa se viniera abajo. Ni siquiera los comentarios vergonzantes de que en la época de la colonia hubo una cárcel de esclavos africanos en su sótano.

La vendedora no podía llevarse la Magnolia ni nos previno sobre sus intangibles poderes. Ignoro si era consciente de sus capacidades. Es sospechoso que no hizo mención alguna en el momento de negociar la operación inmobiliaria. La ocultó como si no existiera. Como era usual hace unos años con los enfermos mentales para evitar preguntas y esconder la locura. Creo firmemente que la Magnolia obligó sutilmente a la anterior dueña a malvender su propiedad para nuestro beneficio. Que la oferta fuera aceptada y el dinero no significara una traba en la negociación. La creo muy capaz y estoy muy agradecido. Tiempo después la vendedora vino a visitarnos para buscar su correspondencia y no se percató de que habíamos podado el centenario árbol de las magnolias. O se hizo la distraída para no tener que confesar su dependencia. No es fácil reconocerse vulnerable de la voluntad vegetal.

Lejos de ser paralelas, las vidas de mi mujer y la Magnolia son vidas cruzadas.

Una se acuesta cansada de lidiar todo el día con las tareas de la casa. La "otra" luce relajada. Sin rastros ni señales del paso de los años.

De noche se ilumina, más aún si hay luna llena. Es imposible dejar de admirarla.

No es por su juventud, es bastante mayor que todos los seres que habitan a mi alrededor.

Cuando estamos solos aprovecho para abrazarla y absorber su energía sublime. Una energía que llega del sol y de las estrellas.

Con mi mujer nos dormimos abrazados como si fuéramos recién casados.

Cuando la noche avanza, los cuerpos se separan buscando espacio vital porque los achaques nos pasan factura.

Con la "otra" puedo estar horas a su lado sin que emita queja alguna.

Confieso que mi mujer resopla por la noche. Altera mi sueño liviano. La otra se mantiene en silencio, vive en una permanente meditación.

Después de tantas décadas de convivencia dicen que al amor hay que ayudarlo. Al principio es cuestión de piel, pero después hace falta apoyarlo con atenciones. Tener unos pesos disponibles ayuda.

No le privo a mi mujer de comprarse las cosas que desea. Lo merece porque es bella y elegante. Me esmero en regalos para su cumpleaños o el día de los enamorados.

La "otra" en cambio no pide nunca nada. La diferencia es muy grande y se siente en el bolsillo.

Ambas tienen justificadas razones para que sea incómoda la presencia de su rival. Eso no lo pongo en duda, pero necesito vivir en paz.

Aprendí a mantener un fino equilibrio. Años de meditación y yoga colaboran, pero no alcanza cuando llega la tormenta.

Es momento de tener alguna herramienta que me auxilie en los momentos claves.

Hasta ahora la mejor estrategia ha sido no responder ante los agravios o insinuaciones. Pero percibo el desgaste y no creo que sirva a largo plazo.

Si la "otra" me pide que me deshaga de mi mujer no respondo nada, si mi mujer quiere cortarla con una sierra tampoco digo nada. Sé que lo dicen para hacerme enojar y que pierda la paciencia.

Saben que es injusto y que no está en mis planes cometer ninguna de esas acciones.

Soy consciente de que actos que no se consideran un crimen en el presente algún día van a serlo. Mutilar un árbol, aunque viva en tu propiedad es uno de ellos. Tal vez también lo sea abandonar un ser querido por un simple ataque de celos.

Porque el mundo irá todo lo mal que usted quiera, pero las leyes progresan. Son como telarañas que solo capturan los insectos pequeños, pero de a poco igual avanzan.

La experiencia me dice que después de un rato de no responderles se olvidan de pelearme. Por un tiempo se ignoran olímpicamente. Entonces descanso, pero vivo en vilo por el temor de que vuelvan a la batalla.

Aquellos que las ven de lejos envidian mi familia y mi hogar. Me aconsejan andar por la vida con una cintita roja como se les pone a los bebés bonitos.

Mi mujer es muy agradable, cuando vienen mis amigos a casa quedan impactados por su buena energía. Además, cocina sano y rico. No tengo nada de qué quejarme.

Después de todo, para estar tanto tiempo junto debimos enamorarnos muchas veces. Eso la gente lo nota y les gusta. Nos toman como ejemplo e inspiración los que aún tienen esperanza de encontrar una pareja para amar y ser amado.

La "otra" mora en el patio, imposibilitada de entrar a la casa. No está molesta, todo lo contrario. Ella es la reina del espacio y tiene sus admiradores en los edificios vecinos. Me doy cuenta porque a menudo sacan fotos y comentan en voz alta su majestuosa belleza. Sonríe haciéndome el distraído, como que no me importara. Los envidio porque pueden mirarla sin que nadie los censure. Yo no puedo ni nombrarla, que mi mujer se altera.

La Magnolia da sombra en abundancia. Mi compañera, como toda mujer que se precie, adora el sol. Entiendo que tienen poderosas razones para no tolerarse.

No le importa que mis hijas le digan que el árbol mantiene fresca la casa. Ella piensa en las horas de sol que se priva por la presencia de la otra.

Como si fuera poco, la textura acartonada de las hojas secas al caerse arruina la vegetación que sobrevive bajo su enorme copa.

Esas hojas, en general de 30 centímetros no dejan pasar el rocío de la noche ni el sol de la mañana. A cuenta gotas, pasa el agua de lluvia siempre y cuando sea muy abundante la precipitación.

Todos los días hay que sacar las hojas de las macetas y barrerlas del patio para que no se tape el pluvial. No son posibles de compostar y debo desecharlas con la basura. Actúan como si no quisieran formar parte de mis plantas plebeyas.

Cuando ve a nuestra perrita Lulú caminando tranquila la Magnolia despega de su cuerpo los pistilos desnudos de las

flores para que ella los mastique, se intoxique y lo ponga en nuestra falda. A la perra le gusta traernos lo que tiene en la boca para que se lo volvamos a tirar. El resultado es que mancha las prendas porque mezclada con su saliva forma una tinta pegajosa que es imposible de limpiar.

Hay que decirlo. La Magnolia no es inocente, lo hace de jodida, de puro vengativa. Se divierte mientras mi casa, la perra, las plantas y la ropa se arruinan sin remedio. Mi mujer todo el tiempo piensa en podarla, algo que a la Magnolia no le agrada.

Es cierto que la primera poda fue inevitable. Nunca había sido cuidada y sus ramas invadían las casas vecinas. De un lado hay un galpón abandonado y nunca supieron que sus hojas caídas tapaban sus cañerías. Del otro está el patio de una iglesia ortodoxa y nunca pareció importarles. Están preocupados por las cosas del cielo y del bienestar de sus esquivos feligreses.

Pero el riesgo estaba latente, si la Magnolia se sometía al espíritu del viento y caía con su peso, destrozaría nuestra casa o la de los vecinos con las consecuencias fáciles de imaginar.

Temí que luego de esa poda, nunca volvieran a nacer sus delicadas flores, pero por suerte no fue tan rencorosa. Su coquetería de árbol fue más fuerte que cualquier ofensa. Es cierto que las sutiles flores blancas se enfocan hacia arriba mirando al sol y florecen en lo más alto de la copa. Desde abajo cuesta verlas, por eso pido permiso y me subo a la terraza de mis vecinos para disfrutarlas. Se destacan por su elegancia, vibrante belleza femenina en estado puro.

Ahora estoy en un momento crucial. Mi mujer amenaza con contratar de nuevo un podador y la otra me pide ayuda porque no sabe cómo defenderse.

Junto a su compañera Palmera fueron plantadas antes de la construcción de la casa, es fácil verlo porque el parque Lezama está repleto de árboles similares. Conjeturo que el predio original era más grande y cuando la ciudad comenzó a crecer se destinó espacio para que construyeran las casas en las manzanas que hoy habitamos los vecinos. Estos árboles privados, encerrados en mi patio, me tienen de sirviente. La Magnolia tiene una historia legendaria que la empodera. Es tan antigua como el Ginkgo Biloba, se emparentan porque sus hojas no tienen nervadura. Es anterior a la aparición de las abejas, tal es así que en sus primeros tiempos eran polinizadas por los escarabajos. Se autopercibe sabia y se siente segura. Nos intimida sin descaro.

La relación va empeorando. Antes, al despertar, admiraba su prestancia y su dulzura desde la ventana de mi habitación. Hoy mi mujer hizo poner una cortina para impedirlo. No va a ser ya, la Magnolia, lo primero que saludo al comenzar la jornada. Ella dice que la puso por el sol que entra al dormitorio, pero sé que fue otro el motivo porque el sol le encanta. Mi mujer es muy sutil con sus celos, nunca se humilla como otras mujeres. A lo largo de los años ha sido su conducta, nadie mejor que yo para saberlo. Pero la cortina es un mensaje que no puedo soslayar. No la contradije. Temo las consecuencias, si sospecha, que descubrí su treta.

Si no logro evitar una nueva poda no sabré como volver a mirar a la Magnolia. Ella está casi siempre florecida, pero el podador dice que igual puede mutilarla. No hay respeto por ninguna flor cuando se trata de dinero. Pienso pedir perdón y permiso a su espíritu antes que comience el holocausto. Es mi procedimiento habitual cuando hago nuevos hijitos tomando brotes de las plantas generosas.

Tengo cuidado de decir estas cosas a mis amigos para que no me tomen por loco o inocentón. No saben de mi calvario y tampoco me gusta andar ventilando vergüenzas.

Esta vez la Magnolia no me va a perdonar y ya vendrán las consecuencias. Mi mujer debería temerlas, pero se hace la distraída.

Mi doble

No todos tienen el privilegio de tener a su doble en el mismo barrio. Yo lo aprovecho y voy monitoreando su aspecto, que va cambiando con el paso de los años. Otros lo tienen a miles de kilómetros de distancia y, por lo tanto, se ignoran mutuamente. Incluso puede que la existencia de su doble sea en otro tiempo, no solo en otro espacio.

Sé que es mi doble porque se me parece, pero con leves diferencias; un abdomen tenso y más pronunciado, el rostro más delgado pero desvalido, ropa similar, aunque desteñida. La misma forma pausada de caminar, es lo que lo delata: con los pies abiertos, observando hacia arriba atento a detalles que para otros pasan desapercibidos.

Tengo la sensación de que cuando nos cruzamos, ese otro yo que no soy yo me mira sin mirar y está observando la misma coincidencia. Es imposible que pase desapercibida la similitud. Quizás piense: «Está mejor que yo, se ve más entero». Tal vez se lamenta de su suerte. Tal vez no y está conforme con su vida.

Aunque viste en forma modesta debe de ser un hombre de mucho dinero porque sus cuatro comidas se hacen en el Bar Británico. Como está de moda no es tan barato como lo fue en el pasado. El menú cambia muy poco pero siempre es abundante: ñoquis a la boloñesa, milanesa a la napolitana, bife de chorizo, tortilla española, filet de merluza y ahora

han agregado milanesas de soja o berenjenas para intentar ponerse a tono con la comida saludable.

Come en soledad, sentado a una mesa frente a una de las ventanas que da a la calle Defensa con una servilleta a modo de babero, una canasta de pan blanco repleta, un pimentero de madera, una copa de vino y la postura de sentirse en la cima del mundo frente a su opípara comida. Sin duda, en el Bar Británico encuentra su zona de confort. En el bar tiene la opción de que algún otro solitario se sienta cerca de su mesa e inicie una conversación. Los bares de Buenos Aires están llenos de comensales dispuestos a compartir penas y pesares.

Hace unos días al abrir la puerta de mi casa me encontré con mi doble cara a cara. Fue mi culpa porque cambié el horario habitual de mi paseo. Fue inesperado y casi nos chocamos. Evitamos el saludo porque no está permitido el contacto entre dos personas que se saben hermanadas por ser uno doble del otro. Así lo afirman los libros ocultistas que se compran en las librerías de saldos de la calle Corrientes y por las dudas vamos a creerles.

Espero que no vuelva a pasar porque puede colapsar todo a nuestro alrededor hasta quedar reducido a cenizas y escombros. Muchos accidentes inexplicables tanto para la ciencia como para la policía provienen de episodios como estos. Lo ideal es que con mi doble evitemos incluso el mero contacto visual.

No hay libros que traten la paradoja del doble con profundidad. Es un tema tabú entre los amantes del misterio.

Un saber que no se puede divulgar entre los prosélitos a riesgo de quedar atrapado en un círculo vicioso de explicaciones y sospechas.

Es increíble que lo más importante que puede pasarle a un ser humano se mantenga en las sombras y no haya nada escrito. De cosas banales se cae la biblioteca de libros y de esto hay un silencio cómplice.

Pero hoy ocurrió un hecho escandaloso, que me produce indignación y temor. Estoy entrando en pánico y tengo buenas razones para estarlo. Es el primer conflicto que tengo con mi doble y no sé dónde buscar ayuda.

Cuando pasé frente al bar me clavó los ojos en la nuca. Así es el poder del pensamiento cuando hay deseos de revancha. Es evidente que quiere romper el pacto silencioso que nos une. Otras veces se hace el distraído o realiza la mímica de que está hablando por el celular algo importante.

Mi doble, después de ignorarme olímpicamente durante años, me miró fijo buscando mi atención. Empoderado porque estaba acompañado de una pelirroja. Se sintió orgulloso de que los viera juntos.

Me lo refregó en la cara porque sabe que siempre creí que era yo quien hechizaba a las mujeres.

No sé quién sería la mina, pero estaban comiendo en la misma mesa del bar donde él se sienta a cenar solo todas las noches. Vi que hablaban animadamente y me perturbó que estuviera con una mujer tan atractiva. Ojalá la pelirroja sea su hija o una sobrina, no una amante.

Tengo sentimientos encontrados en la relación con mi doble. Por un lado, me alegro de su nueva relación porque lo siento un viejo amigo, pero por otro temo que la novedad altere nuestro equilibrio. Cuando uno tiene un doble adquiere un compromiso de lealtad que no se debe traicionar.

Sería un problema que tuviera una relación seria. Si solo es un vínculo ocasional no creo que me afecte demasiado.

Aunque es probable que la pelirroja estuviera contratada para distraerme. A él no le gusta que lo miren con lástima y lo mejor es aparecer con una linda mujer para que lo envidien.

Quizás no era su novia ni su mujer, sino que era una actriz que se presta para sentarse en su mesa para que no piensen en el bar que es un enfermo de soledad o, peor, que es raro.

Me dijeron que en Japón hay agencias de acompañantes para tipos solitarios.

¿Por qué no va a haber aquí también? No somos menos que los japoneses. Aunque ellos son expertos en soledades y a los argentinos los amigos nos sobran.

Estoy pensando en poner un micrófono debajo de su mesa para enterarme de la verdad. Puedo lograrlo con un pequeño soborno a los mozos del bar. Pero temo que semejante acción interrumpa el tácito acuerdo de que no se debe interactuar con el doble bajo ninguna circunstancia.

Si de casualidad me entero, nada me impide especular, pero si yo lo organizo altera la relación. Las consecuencias de modificar el pacto pueden ser mortales para el doble. Para el pobre hombre, solo por estar con una mujer, es un castigo desmedido.

Según la tradición oral, si dos dobles entran en contacto solo uno de los dos puede seguir con vida en este mundo. Peor aún si el resultado me afecta y desaparezco de la faz de la tierra. ¿Cómo puedo saberlo? Después de todo, soy culpable de conspiración. Por las dudas no pongo el micrófono, lo descarto y solo estaré atento a los cambios, me lleguen como me lleguen.

Es fama que, entre uno y su doble, las cosas que viven, sean partes de una ecuación de suma cero. Para ser más

claro y como ejemplo: si él tiene de repente una mujer que no estaba en los planes quizás yo pierda la mía. No solo perdería la que tengo, sino que no podría unirme a otra mientras él esté acompañado. Y la soledad no es lo mío, a mí me gusta la vida en pareja, él siempre anduvo solo y parecía feliz. Si él cambia pena por alegría es probable que yo cambie felicidad por tristeza.

Si fuera una persona decente debería respetar que estoy felizmente casado. No puede ignorarlo porque me ve caminar por el barrio de la mano con mi mujer. Hay que tener suerte para tener un doble y yo no la tuve. Todo esto lo voy a hablar con mi mujer, no quiero que el agarre de sorpresa. No se lo merece, le voy a explicar que no es su culpa ni la mía, sino que son las leyes estrictas del universo.

Me he convencido que mi doble está alterando las reglas de juego. En lugar de mi doble pretende ser mi sombra. No se puede estar tranquilo con este tipo de personajes que no respetan los acuerdos. Sus cambios de estado van dejándome en una situación insostenible.

Si me desvanezco sin que nadie entienda el motivo, sepan que fue mi doble que me tendió una trampa mortal. Que este escrito sirva como denuncia en el caso de que me ocurra un suceso desgraciado.

Mas lo pienso y ya no dudo que mi doble tiene un plan. Espera que yo me convenza de que no es mi doble, que estoy en un error. Que no nos une nada del pasado y menos del futuro. Que no hay simetría posible entre nosotros. Quiere que ignoremos el acuerdo que presuntamente nos vincula sin medir las consecuencias. Tengo miedo de que mi doble se me cruce y yo no sepa qué hacer. Me está volviendo loco literalmente con sus maniobras mezquinas, me dan

ganas de darle un trompazo para que se calme. Pero no puedo hacerlo.

Me atemorizan muchas cosas. Por ejemplo, que venga caminando con un perro y yo tenga que soltar uno de los míos para compensar.

Tengo que evitar que mi doble me gane de mano y haga algo que ponga en peligro la poca cordura que me queda. Me perturba no saber qué me amarra a mi doble y al mismo tiempo qué me aleja.

A mí siempre me ha asustado la tiranía de la soledad, pero él parece vivirla en forma natural.

Temo que si se rompe el vínculo con mi doble me vuelva vulnerable al furioso pasado. El mismo que he dejado atrás con no poco esfuerzo. No tengo explicación para esta paradoja.

Yo no deseo el mal a nadie, pero tengo que cuidarme.

Mejor quedarme quieto y no salir de mi casa. No hay que llamar la atención y es mejor esperar que se aclaren las cosas. No le voy a dar el gusto de jorobarme.

Las palomas y la revolución

Voy caminando por la vereda impar de la calle Valentín Gómez a pocos metros de la avenida Pueyrredón y me encuentro con un camión descargando mercadería en una tienda de comida para mascotas. Las palomas, en un número que supera toda expectativa, bajan a rescatar lo que se cae al piso. Tengo que tomar por el asfalto, donde a paso de hombre avanzan desordenadamente coches y colectivos, para poder continuar mi camino. Ellas ocupan toda la calzada e interrumpen el paso.

Las palomas rodean el vehículo, esperan en su techo, se posan en los cables que atraviesan la calle y, en conjunto, brindan un espectáculo aterrador.

Estas aves, como tantas otras, ya no encuentran alimento ni lugar para anidar en el campo. Los agrotóxicos las espantan y la deforestación les provoca un stress que las vuelve violentas. Yo lo sé muy bien y por eso no juzgo su aquelarre.

Un señor de mi edad las mira con apetencia, no oculta su deseo de comerlas y me dice algo al respecto buscando cierta complicidad. Cuando le respondo que no me interesa esa dieta me dice a quemarropa que seguro hace cincuenta años las hubiera comido.

No es cierto, nunca me interesó comer palomas, pero recordé a un compañero de los talleres ferroviarios de

Maldonado, en Bahía Blanca, donde yo trabajaba a los 18 años. Talleres lejanos en el tiempo y en la distancia. Mi compañero comía las palomas que atrapaba en las alturas, motivo por el cual andaba con una larga escalera siempre a mano al acecho de pichones o palomas en desgracia.

Entonces, el hombre que se cruzó a mi paso, sabía de lo que hablaba. Quizás fuera un mago oculto que encontró recuerdos que yo había olvidado.

Pienso en las palomas como un símbolo del candor, sencillez e inocencia. Especialmente, de la paz y la armonía. Pero no es así para todo el mundo.

¿Son tan tontas las palomas que se dejan atrapar por una persona? Su familiaridad con los humanos la volvió un ave fácil de capturar, más aún revoloteando en los altísimos techos del galpón ferroviario.

En verdad no resultan muy diferentes de un ave de corral, al que nadie, cuando está en el plato, le espanta comer. Como las gallinas, son aves regordetas y lentas, que conviven con nosotros y no se asustan de estar entre humanos. Son fáciles de atrapar y útiles para alimentarse.

Esa era la lógica de mi compañero ferroviario que también tenía felinos domésticos en su menú. Un día me invitó a compartir sus delicias. Él decía que eran ricos como las liebres. La invitación la acepté porque la consideré un rito de iniciación que debía atravesar para ser uno más y que no descubrieran lo que en verdad era: un extraño, un extranjero, en el fondo un predicador.

Entré a trabajar al ferrocarril con el romántico objetivo de hacer la revolución en la que creía con la natural inocencia de la juventud.

La idea era convencer a los trabajadores de los beneficios de la gesta que pregonábamos.

Lo cierto es que terminé recorriendo un camino diferente que me llevó a explorar un estado que ignoraba: el de cazador-recolector que se alimentan de sus presas. En este caso, de los pobres animalitos con los que compartíamos el espacio. Aquellos enormes, desolados, y ya entonces obsoletos talleres ferroviarios.

Tengo el recuerdo de mi compañero, en las alturas, tras de sus presas. También de la mesa servida preparada para la ceremonia. Todo bajo la mirada complaciente de los capataces, que, como todos nosotros, no querían trabajar.

No me acuerdo de su nombre ni cuál era su tarea, pero sí de otra anécdota curiosa. Se enamoró de lo que se llamaba peyorativamente una mujer de la vida. La que frecuentó durante años y la misma de la cual él renegaba pocos días antes.

Llegó el momento en que contrajo matrimonio y prohibió que le mencionáramos sus propios comentarios hechos en el pasado reciente.

En esa década no había redes sociales que le hubieran recordado sus frases a cada instante. Tuvo la suerte de vivir en ese tiempo cuando bastaba con no hablar más del tema con sus amigos y compañeros.

Por respeto y para evitar conflictos inútiles fuimos condescendientes y guardamos el secreto de sus desventuras amorosas. Ahora era un hombre de familia.

Tampoco se habló más de su ingesta salvaje de palomas y de gatos. Matar con tus propias manos para comer me resultaba un espanto.

Ninguno de nosotros estaba en posición de dictar normas de conducta. Casi todos mis compañeros jóvenes visitaban lupanares siniestros en busca de complaciente

compañía. Digamos todo, no era solo búsqueda del calor femenino. Pero esa es otra historia.

La vida transcurrió y no volvimos a encontrarnos desde entonces. Era algo escabroso que no alcancé a procesar con las pobres herramientas emocionales que disponía en esos momentos.

Menos aún lo estaba yo que fui para difundir una revolución idealizada que no figuraba en los planes de ninguno de mis compañeros.

La experiencia, abortada por el golpe militar del 76, me sirvió para vislumbrar otras conductas que me hicieron madurar en forma prematura.

Aprendí, en el lugar menos esperado, que por más rígida que fuera la moral de la época, sobre sexo y sobre comida no hay nada establecido.

Gatos invisibles

*Brujos enseñaron que los gatos
pueden alojar almas humanas,
y arañar, si quieren, el corazón del huésped.*
Alberto Girri

Antiguamente, nadie sospechaba del poder gatuno de volverse invisibles.

Se vivía en viviendas con las puertas siempre abiertas y por lo tanto no se sabía si estaban con nosotros dentro de la casa o curioseando por ahí, remoloneando o haciendo las travesuras que sabemos que hacen los gatos cuando andan sueltos.

La vida cotidiana era bastante dura como para preocuparse si los gatos tenían el don de la invisibilidad. Se escuchaban rumores, pero la gente sensata no prestaba oídos a esos comentarios.

Por ese motivo no les fue difícil a los gatos ocultar esos poderes mágicos durante siglos.

Temían que los fastidiaran si los descubrían, ya era bastante con ser acusados de tratos con el diablo y complicidad con las brujas o las magas hechiceras.

Era un temor muy justificado porque ya se sabe lo peligrosos que son los humanos cuando los invade el miedo a lo desconocido.

De a poco, al considerarse inverosímil, como tantas cosas que no se entienden, el tema se archivó.

Los niños al principio lo sospechaban o lo sabían de vidas pasadas. Pero con el trajín de los años se volvían coherentes y sin notarlo lo olvidaban. Como tantos otros saberes incómodos que debemos dejar de lado al ir creciendo para no ser blanco de las crueles burlas de nuestros compañeros de aventuras.

Con el paso de los años el hombre obtuvo importantes avances científicos y pudo manipular la materia para generar confort y riqueza. Pero perdió gran parte de su conexión con la naturaleza y la compañía de los gatos se volvió cada día más importante.

Ante el aumento de la población, la seguridad se vio alterada y las puertas de los hogares comenzaron a cerrarse. La situación de los gatos cambió para siempre. Ya no podían desaparecer de la escena sin hacerse notar.

Los humanos de la casa sentían que era su responsabilidad saber por dónde merodeaba el esquivo felino cuando no se lo podía ver en un golpe de vista.

El gato es un animal sensible y la insistencia de las personas, pensando y hablándoles al mismo tiempo, lo perturbaba. Los gatos no soportan la saturación de las ondas mentales, lo viven como un griterío que no los deja descansar en paz.

El único modo de acabar con esa bulla sin llamar la atención es refugiarse en un lugar oscuro y olvidado en la casa, volviéndose incorpóreo, hasta que algún humano pase por ahí o lo empiecen a buscar. En general un niño inquieto o una abuela un tanto desvariada son quienes, al llamarlos por su nombre, los vuelven al mundo físico.

Es en ese momento en que dejan de ser invisibles para volverse sólidos y sensoriales. Se los puede volver a acariciar y sostenerlos en la falda. Se muestran vulnerables para obtener de nosotros alimento y afecto.

Todo sea para que los humanos quedemos satisfechos con su sensual compañía y ellos puedan retomar el confortable modo de vida que les permite esta alianza sellada al calor de mutuas necesidades.

Que los gatos estén con nosotros solo para cuidarnos de los roedores es una calumnia malintencionada.

Una buena edad para morir

Era domingo por la noche y llovía copiosamente. Un buen plan resultó cenar empanadas disfrutando una película en la comodidad y calor de nuestro hogar. Procedimos a hacer el pedido por teléfono a un pequeño local de cocina salteña que se llamaba La carretería, cerca de nuestra casa en el barrio de San Telmo.

La dueña y mentora tenía un apellido europeo pero las empanadas eran deliciosas y se habían convertido en un objeto de culto entre músicos y artistas que vienen desde lugares lejanos a degustarlas.

Las noches sin luna alrededor del Parque Lezama suelen enmudecer al más pintado. Pero con el tiempo he perdido el respeto a los fantasmas y ellos, que no quieren ser confundidos con algún malandra, toman prudente distancia y me dejan caminar tranquilo por el barrio.

El mal tiempo había desanimado a los comensales. En consecuencia, no había gente comiendo en el salón ni tampoco demasiados pedidos a domicilio.

Las empanadas estaban preparadas esperando al único posible cliente de la noche y el cajero me informó que el importe era de solo 82 pesos.

La joven moza, que no tenía injerencia en este tema, pero estaba muy aburrida, dijo a boca de jarro: «82 años es una buena edad para morir».

La razón que esgrimió es que luego de esa edad la gente se vuelve un poco gagá, más vulnerable y dependiente. Para vivir así es mejor emprender el otro viaje. Al menos eso entiendo que era el corolario de tan temeraria afirmación.

Las palabras se caen de la boca de la gente por algún motivo no siempre revelado y dan pie a estos relatos. Siempre algunas moralejas se traen bajo el poncho.

La joven moza ya tenía la edad cuando la gente es consciente de que algún día su vida se termina, pero estaba orgullosa de su infantil ocurrencia.

Por sus mejillas rozagantes puede ser que estuviera ovulando. La idea de la muerte y del sexo en las noches de lluvia tienden a conjugarse. La tierra se vuelve fértil y los corazones laten con más fuerza. Nada hay más romántico que una noche cerrada y lluviosa.

Ella me sermoneó con el alcohol, los cigarrillos y las drogas como principales causas de la muerte temprana. Habrá conjeturado que yo algo de eso consumía. De todos modos, no tomó en cuenta que la medicina moderna prolonga la vida. Incluso más de lo que el sentido común aconsejaría.

Por mi parte, atiné a decir que todo depende de la forma en que cada uno lo lleva, aunque debo reconocer que por el stress en el que vivo, si llego entero a los 82 años me sentiría muy conforme.

Tuve que aceptar lo poco que le dedico al ocio creativo en comparación con el tiempo que me lleva el trabajo diario. Es una idea que ya me rondaba antes de ir a buscar la comida y que se me hizo patente en este diálogo inesperado.

Se lo comenté y tanto la moza como yo detuvimos nuestra conversación, pensativos. Bueno, debería decir los tres porque el cajero se fue involucrando en nuestras

reflexiones, aprovechando que no tenía trabajo que lo reclamara.

Solo interrumpió para decirme que me cobraría 80 pesos, porque no tenía cambio. Yo estaba un poco mareado por la conversación y no busqué los 2 morlacos miserables en mis desordenados bolsillos.

Puse el paquete de empanadas en una bolsa plástica para protegerla de la lluvia y, paraguas en mano, volví a introducirme en la soledad de la noche tenebrosa.

Pude ver cómo me siguió con sus ojos a través de la ventana. Es una mirada que he visto muchas veces, el de cierta picardía que las chicas jóvenes reservan para aquel hombre maduro que admira su belleza.

Imagino que se sentía protegida por la poca visibilidad y pensó que no volvería mi cabeza para observarla. Ignora que soy un curioso patológico, aunque mi mirada no tenga segundas intenciones. Tampoco sabe cómo funciona la comunicación telepática aún entre mamíferos racionales como se dice que somos.

Ni cuando llueve me gusta caminar rápido, así que tuve tiempo de percibir en su rostro cómo se debatía en reflexiones sobre la vida y la muerte. Satisfecha por su ocurrencia, pero asombrada de los pensamientos que despertaron en los ocasionales participantes del encuentro.

Al recordar este hecho pienso en el significado que podría tener que el cajero me cobrara solo 80 pesos arguyendo falta de cambio para darme el vuelto.

Me pregunto si habrá sido como una compensación monetaria al curioso diálogo con la simpática moza que, por supuesto, tomé con agrado.

Sea como sea, espero que este hecho banal no haya reducido mi esperanza de vida en dos preciosos años. Los

que quizás necesite para poner en orden mis cuentas con el misterio.

Ahora que lo pienso lamento no haberle dado una propina generosa. Estuve desatento. Podría haber redondeado en 90 pesos, por ejemplo. Como una buena apuesta a la vida.

Habrá que ver cuando llegue el momento si vivir demasiado sea más que un premio un castigo a la soberbia.

Apellidos prestados

*Una red de mirada
mantiene unido al mundo,
no lo deja caerse.*

Roberto Juarroz

Era la primera vez que junto a Mercedes almorzábamos con Ana. Me causó cierta sorpresa que, apenas se miraron, Ana le contara algo tan íntimo. Era la historia de su niñez y de su familia. Fue un pantallazo de las conductas de su madre, de su padrastro y de sus 10 hermanos. Todos malos, según ella, y seguramente tiene razón. Por el rostro de Mercedes, inmóvil y atento, circulaba la compasión. Mercedes es sensible pero nunca vi así su semblante. Le pregunté, un poco en broma, cómo era salir de la capital al conurbano. Me dijo que estaba acostumbrada, pero creo que lo dijo para minimizar el impacto de lo que comenzaba a escuchar.

Estábamos en una fonda en Barracas muy cerca del límite sur de la ciudad, pero aun dentro de la Capital. Lo que escuchábamos era sobre ese otro mundo con códigos incomprensibles para nosotros; chicos de departamento acostumbrados a vivir en casas de material.

Ana es bajita y un tanto excedida de peso. Comenzó haciendo limpieza, pero ahora progresó, tiene a su cargo personal y las llaves de un depósito.

Al principio trabajaba solo medio día y completaba sus ingresos vendiendo comida a los otros empleados. Hasta que algunos se enfermaron. Atribuyeron que en la cocina donde cocinaba había roedores sin control.

Ana no quería comer porque está a dieta, así que tenía tiempo para contar y contar. Después de mucho insistir aceptó una ensalada de fruta para acompañarnos. Mercedes nada dijo de su vida, nunca habla demasiado de sus cosas y al lado de lo que contaba Ana cualquier pesar sería superficial.

Explicó el motivo por el cual decía que su madre era mala. Que no se quería con sus hijos, o sea con sus nietos. Pese a eso, limpiaba su casa, pero estaba contratada, como si fuera una empleada para cuidar a los niños. Parte del sueldo de Ana terminaba en manos de esa mala madre por ese curioso trato entre ellas. Madre e hija que no se aman, pero se necesitan. O al menos eso cree Ana. Los vínculos filiales son misteriosos y por aceptación o por rechazo los padres nos determinan.

Cuando era chica escuchaba que su madre preguntaba a su hermana qué quería desayunar, pero nada le preguntaba a ella. Entonces se levantaba furiosa de celos. Su conclusión es que su madre no la quería. Si la madre se muere, dijo, no lo va a lamentar. Lo dijo en serio porque desea su muerte. Tampoco sintió pesar por su padrastro cuando murió. Tiempo atrás me pidió que saque a su madre como beneficiaria de su seguro de vida obligatorio. Teme que, si ella se muere primero, la madre se quede con la casa y eche a sus hijos a la calle. Ignoro por qué teme morir antes que su madre y qué tiene que ver esto con el seguro. Le explico que no hay relación entre esas cosas: seguro de vida, tenencia de sus hijos y posesión de su casa. Cuenta, siempre con el

mismo tono y a modo de ejemplo, que su madre no la saludó para su cumpleaños sino recién al día siguiente. Resultó que el día de su cumpleaños era feriado y su madre no trabajaba en la casa. Esa explicación le dio su madre, sin ponerse colorada de por qué no fue a saludarla viviendo tan cerca.

Del padrastro está agradecida pese a que vivió bajo una constante amenaza de violación. La razón es que fue quien le dio el apellido. El apellido con el que está registrada en el registro civil es el apellido prestado por el acosador. Para nosotros resulta increíble, pero ella nos recuerda que antes de eso era una niña sin apellido. No tiene la menor idea sobre la identidad de su padre biológico.

Fue a los 7 años cuando pudo completar su nombre para poder ir a la escuela. Cuando ingresó a nuestra empresa, mucho estudio no se necesitaba y no recuerdo haberle preguntado. Ahora ya es tarde para saberlo. Tampoco necesito corregirle su ortografía si me escribe algún mensaje porque la entiendo pese a todo. Y si algún compañero la corrige yo la defiendo.

Minutos después contó algo mucho más grave: que su madre cerró los ojos ante las reiteradas violaciones del padrastro a sus hermanas. Es una historia que se escucha a menudo entre la población más vulnerable. La madre callaba porque él hacía las compras para mantener la casa. Dos de sus hermanas tuvieron hijos del padrastro. Me pregunto qué apellidos llevarán. Ana le recriminó que no lo hubiera enfrentado para defender a sus hijas. Que no podía no haberse dado cuenta del atropello. No era una excusa válida la dependencia económica. Ella, cuando creció, no quiso que le pasara lo mismo y para evitarlo, dejó de dormir de noche. Así de simple, estaba parada en su cama y cuando podía se

quedaba a dormir en la casa donde trabajaba desde los 11 años. No era cuestión de que la agarraran desprevenida. En la casa donde trabajaba sufría las insinuaciones obscenas del marido de la dueña de casa, pero el hombre estaba poco. Por eso no pasaba de un mal momento que seguramente la dueña de casa toleraba. Menos peligroso que estar con su propia familia. No hay duda que la vocación de trabajar desde tan chica salvó su dignidad.

Ana cuenta estas cosas con una sonrisa. Una sonrisa no es la palabra exacta pero sí que lo cuenta con buen ánimo. Por momentos se ríe de buena gana. Podría haber sido esas amargadas que uno ve tras un mostrador o en una oficina, pero está siempre de buen humor, bien dispuesta a hacer su trabajo.

Tres de sus hermanos han vuelto a la casa materna. Lo cuenta con naturalidad, como si pudiéramos imaginarlos. Uno de ellos quiso quemar la casa donde vivía con su familia con un bidón de nafta. Supongo que sería alguna venganza o alguna exigencia extorsiva. Tener un ingreso estable en ese ambiente te convierte en una presa. Kevin, el hijo mayor, era un bebé en esa época. Estaba adentro y hubiera muerto quemado si su hermano cumplía la amenaza. Drogado como estaba podía haberlo hecho.

El otro dice que es «medio puto», sidoso y con poco gusto por el sacrificio. Lo de medio puto causa gracia cuando lo dice, pero en ese contexto es razonable. Cría una nena que le regalaron como se regala un perrito. De una mujer del barrio que cuando tiene hijos los entrega al primero que le abre la puerta y se lo acepta. En cualquier otro medio resultaría imposible semejante trato, pero en el barrio donde vive las leyes se escriben en el barro. A una cuadra hay un hermanito de sangre de esta nena, otro hijo

de la misma prolífica mujer. Ana piensa en los pobrecitos que cuando crezcan se van a enterar que son hermanos. Ambos regalados y, como ella, están viviendo con apellidos prestados. En el barrio todo se sabe y un día alguien se los va a contar. Quizás se los cuenten para que sepan su origen, o tal vez solo por maldad.

Otro de los hermanos se dedica al rentable negocio de romper autos para vender las partes. Más temprano que tarde va a terminar preso, dice ella, y es difícil no estar de acuerdo.

Del resto no sabemos más nada, solo que ninguno de ellos trabaja en forma estable. Que viven del subsidio del estado, de changas o de cometer delitos menores. O de todo eso junto, una cosa no invalida la otra. Le toman el pelo por ser la única que trabaja formalmente. A veces, la familia participa en piquetes que cortan el Puente Pueyrredón y ella no puede llegar al trabajo a la hora convenida. Van a los piquetes por simple conveniencia de estar bien con los punteros de la zona. O porque reciben comida. Esta situación la fastidia, que no la dejen trabajar como es debido. Aquí no hay perdón ni lástima que valga. Es uno de los pocos momentos que pone cara de enojada.

Ana habla de sus hijos con alegría, orgullosa porque saben contestarle a la abuela cuando los insulta. Los tuvo de muy jovencita. Un día me contó que le había pedido a su novio que eyaculara afuera. Él le dijo que sí, pero no lo hizo. Así fue como quedó embarazada por primera vez. En ese tiempo el novio no trabajaba, era un adolescente un par de años más joven que ella. Los niños que han tenido juntos hoy son su vida. A la nena le encanta cantar, es simpática y compradora. El nene más grande es hábil con la

computadora. El más chico es muy travieso. De eso se llena la boca y no es para menos.

Formó una familia feliz que cena junta todas las noches contra todo pronóstico que pudiéramos haber hecho cuando la conocimos.

Mercedes es de esas personas aptas para contarle secretos porque escucha sin juzgar. ¿Eso lo habrá aprendido en la escuela religiosa a la que asistió? No lo creo, eso es algo que uno tiene adentro, no algo que se aprende.

De eso se trató el encuentro al medio día en un bodegón del sur de la ciudad.

La necesaria renuncia a la poesía

El que tuvo, retuvo.
refrán popular multilingüe

1

Renuncio a la poesía, al menos hasta la próxima vida. Volveré solo en el hipotético caso en que reencarne con la misma pasión por la escritura.

Por lo pronto exijo que mi renuncia sea aceptada con efecto inmediato. Luego de haber estado inmerso en ella 45 años no tengo ningún reclamo para hacerle y espero que ella me perdone abandonarla a su suerte y desgracia.

Necesité de su oxígeno para seguir de pie. Lo reconozco y no me arrepiento. Me queda la amargura de no haber emulado a los poetas que poblaron mis fábulas y sueños. El riesgo de copiarlos fue muy grande e inhibió mis versos inmaduros.

Renuncio a la poesía como antes renuncié a seguir a líderes políticos o espirituales. Ellos viven recitando consignas en su mundo mágico mientras los prosélitos nos empantanamos en el barro.

Recuerdo, con ternura y sorpresa, cuando escribí mis primeros poemas y me sentía en la cima del mundo, pero eso ya es historia antigua.

En esa época no tenía contacto con el mundillo poético y era feliz en mi inocencia y frescura. Busqué en la poesía expresar mis dudas y mis sentimientos, poner en palabras ciertos hechos para que se establezcan en mi mente y me den la calma que tanto ansié desde mi infancia.

Los pocos poemas que he escrito o leído y que estimo valen la pena, los conservo como mojonos que me guían en la búsqueda de una vida mejor.

Pero ya no necesito llorar por mi pasado ni compartir mis revelaciones como si fueran las únicas en la historia de los buscadores espirituales.

Renuncio porque la poesía se cansó de mí y me lo hizo saber de todos los modos posibles. Me quedan algunos poemas inéditos que espero se vuelvan relatos o baladas. Si no lo logran, allá ellos, quizás no merezcan el recuerdo ni la nostalgia.

Sobre los libros editados solo puedo pedir perdón por ser tan arrogante y haber gastado papel, dinero y el tiempo de mis amigos.

El mote de poeta lo abandono, porque es una pesada carga. El vulgo asume al poeta como un ser vulnerable que no se siente cómodo en la vida. Nada más lejos de lo que hoy es mi personalidad.

Un poeta borrachín o proclive al suicidio puede ponerse de moda y vender sus libros. Se espera de un poeta que sea rebelde, aunque lo sea sin causa.

Nadie controla que sea coherente con esa rebeldía y que no corra desesperado si aparece dinero suelto por algún lado.

No hay que olvidar que un viejo indócil resulta más triste que un payaso de circo pueblerino. Solo los muy amigos no parecen darse cuenta del ridículo y le festejan

como si fueran nuevos esos versos gastados de tan repetidos.

Por mi parte prefiero que me teman a que me tengan lástima, es un modo de vivir más seguro en estos tiempos de furia.

Decidí renunciar porque se me van muriendo los lectores y no tengo la energía para sumar nuevos feligreses a mi templo ateo.

Renuncio a la poesía que era el último rincón de soñador que se permitió mi corazón de antes de que la realidad lo enfrentara con la muerte.

Renuncio antes que me abandone la última gota de lírica y comience a narrar marchito sin posibilidad de revancha literaria.

Tengo de la poesía los mejores recuerdos. Memorizar un poema me ha dado la esperanza que necesitaba para seguir enfrentando los infortunios cotidianos. Es cierto que renuncié a escribir en verso, pero espero poner en prosa algunas gotas de la intensa belleza que me rodea.

Si un día no escribo al menos algunas líneas sueltas, pienso que no hice nada de valor que valga la pena mencionar. Un día perdido, un día que no volverá nunca a repetirse. Esa sequía es la que más temo y la que me atormenta.

2

La poesía rechazó mi renuncia. Era de esperar de la muy altanera. Consideró que mi carta de renuncia era irreverente. Que lejos de ser sincera, exudaba hipocresía. Sospechó que no pensaba dejar de escribir, sino que mi objetivo era poner en ridículo a la sufrida y marginada comunidad poética. Que

como no había logrado el reconocimiento deseado desmerecía la obra de mis colegas en un acto de cobardía literaria.

De verdad no supe qué decir porque como toda sentencia tiene una parte de razón y otra parte de mentira. Le recordé que hoy en día los poetas no se leen, sino que se elogian mutuamente para sentirse halagados. Que no siempre es una crítica sincera, sino que esperan reciprocidad. Y si esto no ocurre se paga con el ninguneo eterno. Como estar desterrado de su propia aldea. Sólo lo tendrán en cuenta para vigilarlo y, a veces, ni siquiera para eso.

Tuve que aceptar que no logré convencer a la poesía de mi renuncia. No la consideró válida ni justificada. Respiré profundo y me dispuse a seguir escribiendo de mala gana hasta el fin de mis días.

No pasó mucho tiempo hasta que algo inesperado alteró mi calma. Me informaron que lo que corresponde, en estos casos es mi expulsión por ingrato. Así fue como recibí un despido justificado. La poesía espera que sirva para aleccionar a quienes quieren abandonar el barco sin pedir permiso. Que sepan que fuera del reino poético les espera el calvario y el aislamiento.

Me acusan de seguir haciendo poesía en formato de prosa para engañar al público que se resiste a leer en verso. Me consideran un impostor. Un mentiroso no me preocuparía, pero un impostor parece cruel y exagerado.

El despido me perjudicaba mucho más que la renuncia porque la narrativa podía enterarse y no dejarme entrar en sus círculos privilegiados. Más soledad de la que tenía al perder mis pocos amigos poetas no podría soportar, así que intenté defender mis convicciones con uñas y dientes.

Comencé explicando lo que es obvio para el escritor maduro. Se escribe poesía para celebrar el misterio y eso ocurre mientras uno se presume eterno. Cuando se es joven, y repleto de ilusiones, la poesía está en un pedestal. Pero cuando los años pasan uno desea narrar el pasado para que no caiga en el pozo del olvido. Tanto el relato de lo vivido como de lo soñado es el modo que tenemos los humanos de alejar a la muerte que viene en camino.

Por ventura la poesía aceptó mis argumentos. Ahora somos buenos amigos, pero nos mantenemos a prudencial distancia. Quizás con los años vuelva a vivir en verso como al principio. Nunca se sabe. Porque no ignoro que, al primer amor, aun sin ser correspondido, nunca se lo olvida.

Peluquero y poeta barrial

En Buenos Aires aún existen barberías decoradas con cierto aire tanguero y melancólico. De la que soy habitué es una peluquería tradicional con muebles de época y estilo heredados de una tradición de familiares peluqueros.

Me siento más cómodo que en las modernas unisex artificiales y un tanto andróginas.

Tengo poco pelo y si no está bien acomodado rápidamente queda desprolijo, lo mismo me pasa con mi barba que hace poco tiempo recuperé y con la que me siento muy a gusto.

Así es que valoro la calidad de mi peluquero, a lo largo del tiempo se generó un clima de confianza que permitió el diálogo que relataré a continuación.

Apenas entré a su local, al saludarme en voz baja, me dijo que necesitaba los consejos del Buda (que pasaba a ser yo a partir de ese momento).

Buda ocasional: cómo no, habla tranquilo, pequeño saltamontes.

Peluquero: tengo problemas de erecciones constantes que no puedo controlar.

Aquí conviene aclarar que ambos rondamos los 55 años, tenemos hijos ya bastante grandes y estamos próximos a ser abuelos.

P: ¡Es que mira las mujeres que pasan frente a la peluquería!

Ante ese comentario salgo a la calle a observar con detenimiento a 2 chicas que recién habían pasado, pero no me parecieron nada especial. Comencé a sentir cierta envidia de mi peluquero. La sensación de erección constante me recordó mi adolescencia y parte de mi juventud. Si bien es incómodo vivir en ese estado de permanente exposición, uno siente que la vida no termina nunca, es como sentir la inmortalidad.

P: ¡Veo a Andrea Rincón, que es la mejor del programa de Tinelli, y como quieres que me ponga!

B: Pequeño saltamontes, debes dejar de ver esos programas y concentrarte en tus estudios y en buenas lecturas para fortalecer tu desarrollo espiritual.

No pareció percibir la ironía estando tan ensimismado en su relato, que en realidad era una confesión.

P: Eso me dice mi psicóloga, que lea o haga otra cosa para distraerme, pero a las 3 de la mañana, estoy solo en la cama y me despierto al palo.

B: Pequeño saltamontes, temo que te estás convirtiendo en un onanista (yo siempre conteniendo la sonrisa, pero de todos modos no había riesgo porque él no me miraba).

P: Ya lo sé, soy un pajero.

Mientras, me continuaba cortando el pelo con su habitual sabiduría de experto en el oficio. Sus manos en este caso eran independientes de su mente y sabían lo que tenían que hacer. Asumo que en otros momentos también tenían otro tipo de sabiduría, más íntima si se quiere, donde desarrollaba su amor propio.

P: El otro día salí con una maestra de música, fuimos juntos a un recital en Palermo.

No sé cómo se llama ese Palermo ahora (se quejó de los apodos modernos que les ponen a los barrios las inmobiliarias para vender o alquilar a más valor) y ella me decía que la estaba pasando bien, pero a la una y media nos dimos un besito y nos fuimos cada uno a su casa. ¡Quién las entiende!

B: Pequeño saltamontes, debes saber que las mujeres no siempre dicen lo que sienten. Quizás no estaba tan cómoda pero no quería arruinarse la salida teniendo que dar explicaciones.

P: Necesito un Buda más actualizado, ¡eso ya lo sé! y, además, no es que quería garchármela en el momento, pero al menos programar ir al cine juntos como habíamos quedado.

B: Pequeño saltamontes, tu lenguaje es erróneo, indigno de un poeta, incluso de uno popular como pretendes ser. Nunca es el hombre el que decide, debes aprenderlo, decir garchármela desmerece el acto que deseas compartir con ella. Es una falta de delicadeza y un desconocimiento del alma femenina.

P: ¡Ya lo sé! ¡Necesito otro buda más actualizado!

B: Es cierto, estoy muy fuera de carrera, necesitás otro buda. No me opongo. Pero creo que parte de tu ser se está endureciendo, necesitás cuidarte y procurarte suaves compañías que te acompañen y te sanen.

Me sentía de buen humor y todo por la sinceridad de quien compartía conmigo su constante frustración. La confesión de mi peluquero, aunque trágica, había mejorado mi día.

Mi peluquero se asume como poeta y cantautor, lo poco que escuché es ciertamente olvidable pero no soy quién para

juzgar. Solo puedo decir que escribe letras de las que sí puedo afirmar su lamentable pobreza literaria.

Asiste a prácticas de yoga e inclusive tiene en su negocio un cartel donde ofrece sus clases. Imagino que no tiene adeptos, pero nunca se sabe. Me consta que les corta el pelo a algunos poetas de gran rodaje y, en su momento, a traductores de la más selecta literatura espiritual con los cuales tuve un intenso trato años atrás.

Recordando eso mencioné el segundo Sutra de Patanjali donde dice que el yoga es una práctica que tiene como objetivo la restricción de las fluctuaciones de la mente. Para eso hay que moderar los estímulos externos e internos.

Pareció entender lo que le decía mientras ya estaba terminando de recortar mi barba (me volvió a preguntar como cada vez que asisto si era 2 la medida de la máquina con la que me cortaba).

Nos unen intereses que parecen similares en su enunciado, pero no tanto en su esencia. Aun así, genera un clima de cierta familiaridad que hacia este diálogo posible.

Me acordé de su reciente y lamentable infarto y le dije más seriamente:

B: El endurecimiento, si es permanente, puede afectar tu sensible corazón, es algo para tomar en serio.

P: Fue lo que me pasó cuando tuve el infarto. ¿Qué pensabas que había ocurrido?

Ahí el asunto tomó seriedad y cuando me saludó al despedirme me agradeció porque se sentía más aliviado (espero que solo emocionalmente). No noté otra cosa, pero tampoco soy tan observador y no correspondía preguntar.

De repente yo era como un ángel que le evitó caer en desgracia, me confesó que cuando llegué él estaba al límite de su excitación.

No puedo imaginar qué le podría pasar, pero era viernes a la tardecita. La soledad se agrava en comparación con aquellos que salen a divertirse. Especialmente si son jóvenes que están repletos de activas hormonas.

Nada parece tener sentido en esta vida si no hay otro que te festeje las ocurrencias o, simplemente, te acompañe. Lo mejor es que te presten el oído, en lo posible sin juzgar.

Más tarde me llamó por teléfono a agradecerme nuevamente por la conversación que tuvimos. Resultó algo inusual en nuestra relación, pero pasé de estar rotulado como Buda pasado de moda a ser el Ángel de la Guarda.

Dejemos en claro que de todos modos pagué sus servicios normalmente (se podría uno imaginar que los servicios de un ángel son caros y podría haber propuesto un canje que sería justo en este caso). Me sentí bien pago con el cambio el humor, no por festejar sus desgracias sino por la oportunidad que me da la vida de tener estos intercambios.

Los varones somos cada día más sinceros con nuestra intimidad, no resulta raro que un amigo te cuente sobre sus disfunciones eréctiles, su falta de vida sexual o que la mujer lo engañe. Los varones ahora empezamos a aceptarnos vulnerables. Me sorprende que el sexo siga imperturbable en el centro de la escena, es posible que la adolescencia para algunos nunca termine.

Comprendo que a otros podría darle cierto asco contratar los servicios de un peluquero que confiese su onanismo, pero yo no pienso cambiar de peluquero. ¡Sería un desperdicio perderme estas historias que pueden alegrarme el día más nefasto!

Un refugiado sirio en Tandil

Sabe muy bien que muchos de sus compatriotas no se adaptan a nuestra forma de vida y se vuelven a Siria. La libertad de la que gozan aquí las mujeres no todos la toleran. Mi nuevo amigo dice que siempre fue abierto de pensamientos y eso le permitió la adaptación. Aún le asombra que las mujeres caminen delante de los hombres. En su país esto sería una ofensa porque un hombre que camina detrás de una mujer se considera un homosexual.

Como modisto debe haber estado en contacto con muchas personas de diferentes culturas. Esa era su profesión en Alepo antes de que comenzara la guerra civil que azota ese país. Es la actividad con la cual se está abriendo camino en nuestro país. Pero las costumbres son muy distintas. Aquí las mujeres van a tomarse las medidas para el vestido con su madre o con amigas. En su tierra tomaba las medidas de su clienta bajo la atenta mirada del marido o del padre de la susodicha.

Dormir todas las noches en paz con su familia y tener para comer no tiene comparación. No extraña los bienes y la posición social que dejó, porque eso ya no existe. No se victimiza ni pretende dar lástima. No queda nada ya para destruir en su ciudad natal. Se alegra de que aquí tiene trabajo para mantener a su familia y eso le alcanza para ser feliz.

Durante muchos años Alepo fue el motor industrial de la economía siria. Su economía se basa principalmente en productos agrícolas, predominando la producción de algodón, dando lugar a una importante industria textil derivada de la lana y la seda, que a su vez favorece la producción de bordados y alfombras, además de una destacada fabricación de lycra. Es una de las ciudades más antiguas de la región. A lo largo de los años fue parte de diferentes imperios. Cosmopolita, en el pasado fueron tolerados todos los cultos.

Me contó que el negocio textil lo manejaban los judíos hasta que fueron echados del país. Antes de la creación del estado de Israel había 20.000 judíos que vivían en armonía con las otras comunidades. Hubo judíos en Alepo desde tiempo inmemorial. Durante cientos de años, Alepo fue la capital no oficial del mundo sefardí. Energizada por el comercio internacional y oleadas de inmigración judía, los judíos mantuvieron una comunidad piadosa, respetada por su excelencia educativa y como guardiana de tradiciones que tenían raíces en el antiguo Israel. Después de la guerra del 48 los dejaron emigrar con la única condición de que no se fueran a Israel. Su familia, estirpe de excelsos modistos, los echaron de menos. Tenían muy buena relación con esa comunidad.

Disfruta contar su larga peregrinación para llegar hasta nosotros donde fue tan bien recibido. Padeció dos años de guerra, no podía salir a la calle sin miedo a los disparos. Luego, con sus dos hijas y su mujer, logró llegar a un campo de refugiados en la frontera de Siria y El Líbano. El dinero de su país para nada le servía porque no lo aceptaban para comprar comida. Así fue como estuvieron tres días sin comer. Una de las nenas aún se amamantaba, a la otra

también su mujer le dio el pecho pese a que ya se había destetado. De cuna musulmana y etnia sunnita (dijo musulmano), en el Líbano lo acogió una iglesia. En ella se quedó para ayudar a los nuevos exilados que escapaban del conflicto. Estuvo cuatro años en esa escala hasta que consiguió llegar a nuestro país como refugiado.

Una de las primeras personas que le ofreció ayuda fue un comerciante textil del once. Era judío y duda que un hermano lo hubiera ayudado tanto.

Le expliqué que sin duda sería un sefaradí, que son un poco distintos que los asquenazíes.

Los sefaradíes son árabes judíos en realidad y los asquenazíes son europeos. El propio Mahoma vivió entre los judíos.

Me miró asombrado porque no conocía la diferencia. En realidad, no conocía a los asquenazíes. Tuve ganas de decirle que nos distingue el sentido del humor, pero no me pareció el momento apropiado. Su mención de los judíos me dio el pie para preguntarle qué pensaba de Israel. El gobierno sirio hace bla bla contra Israel, pero no es lo que le importa a la gente. La gente quiere tener trabajo, comida y paz. Al menos la gente como él.

La hija mayor, de unos 10 años, presenciaba la conversación muy atentamente. Auxiliaba al padre en árabe cuando percibía que él no comprendía bien el español. Un párrafo aparte merece la serenidad y belleza que se conjugaban en su rostro preadolescente. Aproveché para preguntarle si se había adaptado y me contó que tenía muchas amigas. El padre lo confirmó asentando la cabeza. No tengo dudas que su presencia se hará notar en la escuela evangélica donde asiste desde que llegó a Tandil.

Toda esta charla era envuelta en el aroma de las delicias que llevaba para la cena con mi familia (falafel, hummus, baba, tajine). Todo esto en la vereda donde la niña bajó la comida del primer piso donde la mujer las cocina. Nos interrumpían los bocinazos de los autos de conocidos que lo saludaban a lo que él respondía con un fervoroso gesto. Ya es un personaje esencial de la ciudad. No es para menos, tengo la experiencia suficiente para afirmar que nunca comí algo tan rico de esa tradición culinaria.

La relación lo permitía así que me animé y le pregunté a qué atribuía la debacle de su país. No dudó en que era porque los sirios se peleaban entre ellos. En Siria, la tierra que fue Aram en el relato bíblico, donde se dice que Abraham rescató a Lot, parece que ya no habita dios. O tal vez haya quedado a cargo de algún dios malvado. Algo que nadie se atreve a reconocer.

En su país, los que poseen armas, solo quieren tu casa, tu mujer, tus hijas, tu oro. Aquí en Tandil la gente es amable y puedo ser amigo de judíos, cristianos por igual. Todos están de acuerdo que el único dios es el dólar. Es más sencillo y trae menos rencor.

Reconoció que la primavera árabe surgió para derrocar a los dictadores, pero la tragedia fue que luchaban entre hermanos. Luego vinieron los yanquis, los rusos, Irán, los chinos a quedarse con su petróleo, Dicen que vinieron a ayudarlos, pero todo es mentira. Por eso, está convencido, mientras todos ellos estén allí, nunca va a haber paz.

Saludos para todos

dedicado a Chiquita y Gerardo, mis primos siempre presentes.

Hasta ahora los parientes fallecidos de mi familia materna son menos que los miembros vivos que habitan en mi ciudad natal. La misma ciudad donde mis abuelos formaron la familia a la que, con orgullo, pertenezco. Hubo quien observó que no hay que descuidarse y si los jóvenes siguen emigrando podría afectar la sagrada ecuación. Sería una desagradable sorpresa ser menos los vivos que los que descansan en el cementerio. Como no está permitida la cremación dentro del judaísmo la cuenta es sencilla de hacer. Entregarse a la tierra es el modo de purificar el alma. Dice la tradición que no es prudente desafiar al destino.

No hay modo de retener a los jóvenes que piensan buscar nuevos horizontes. Somos descendientes de los más audaces, de aquellos que sobrevivieron a las persecuciones gracias a su temeridad de emigrar a estas nobles tierras. No entendían el idioma local, pero donde se decía que se tiraba una semilla y se cosechaba dinero. Es cierto que no tenían mucho que perder en sus países de origen, quedarse era soportar hambre y violencia. El espíritu intrépido se mantiene en la sangre, aunque cambie el escenario y lo que está ocurriendo era lo esperable. Lamento decirlo, pero en algún momento los temores se cumplirán y serán menos los

vivos que moran en la sureña ciudad que los que descansan en el camposanto.

Mareado por estas reflexiones voy a visitar las tumbas de mis familiares fallecidos. Mi primo se ofreció para acompañarme, él se autodefine como un visitador serial de cementerios. Me cuenta que la traducción al hebreo es *beit jaim*, la casa de la vida. Para él siempre es un buen momento visitarlos. Es de aquellos parientes que hay en toda familia que se dedica a homenajear la memoria de los ancestros.

Mi prima, cuando se enteró, con total naturalidad, me envió saludos para todos. Yo no dije nada para no ofenderla.

Los cementerios judíos son bien mantenidos mientras quedan deudos en la ciudad que se ocupan de ellos. En aquellos pueblos donde casi no habitan miembros de la comunidad, los pocos que quedan tienen las llaves por si algún pariente lejano siente necesidad de bucear en su pasado. O para recibir algún curioso amante del necro turismo.

La tierra escasea y las ciudades crecen para donde encuentran espacio. Lo peor para un cementerio es quedar en medio de un poblado porque aumentan los riesgos de los saqueadores que nunca faltan. O de los emprendedores que necesitan terrenos para sus inversiones.

Este cementerio ha quedado alejado de las rutas de acceso a la ciudad, nada pasa cerca de ese camino de tierra. Sus vecinos son hornos de ladrillos sin habilitación legal. Y un nutrido basural clandestino sin control municipal. Con bolsas de plástico que, arrastradas por el viento, terminan atrapadas en los cercos de los campos vecinos. Este penoso paisaje me recordó que en la Biblia se habla de un basurero público ubicado en el sur de Jerusalén. En este lugar, no

solo se arrojaban los cadáveres de los criminales y animales sacrificados, sino también los desechos de la ciudad.

La asociación entre Gehena, que era el nombre del basurero, y la condenación eterna se debía principalmente a las llamas que ardían constantemente para consumir los desechos. Una imagen de destrucción y muerte. Además, el hedor y la putrefacción que emanaban de este lugar añadían una sensación de horror y desolación que se llegó a asociar con un tormento eterno. De ahí surgió la idea del infierno para los pecadores.

Un basural cerca del cementerio, es como convocar a un infierno cercano. Algo debería hacer la comunidad al respecto porque es un espectáculo decepcionante. Pero, a la vez, nada mal para un cementerio al que le conviene pasar desapercibido.

Cuando llegamos, vimos que en el antiguo portón había un cartel de cerrado. Nos sorprendió porque en el calendario hebreo no había ninguna conmemoración religiosa. Debía ser necesariamente algo temporal.

No tenía yo otra fecha para visitarlo y estaba de paso en la ciudad, así que esperamos pacientemente la vuelta del encargado. Cuando llegó, ni siquiera intentó una disculpa por nuestro tiempo perdido. Con soltura nos informó que necesitaba salir para aprovechar una oferta. Quedó claro que se manejaba a su antojo. La familiaridad con nuestros familiares fallecidos le daba ciertos permisos. Manejarse sin disimular su poca empatía era uno de ellos.

Acto seguido nos alertó que al vernos adentro otros se animarían a entrar. No vimos ningún auto por kilómetros, nos pareció raro el comentario, pero al rato se confirmó que tenía razón. El hombre, nos guste o no, conocía los gajes de su oficio.

Momentos después otros deudos estaban recorriendo el sector nuevo del cementerio. Todo esto sin hacer contacto visual con nosotros. En el cementerio rige un principio de privacidad del dolor.

El terreno no es muy grande, pero por ahora es suficiente para esta comunidad. Las tumbas están ordenadas prolijamente por orden de llegada. Al fondo, en el sector más antiguo, están las tumbas de los muertos olvidados, aquellas almas que ninguna persona viva recuerda. Son tumbas torcidas, deterioradas, invadidas por musgo y malas hierbas. Más adelante, las tumbas están en mejor estado y es ahí donde moran mis antepasados, también ordenados prolijamente por el año en que llegaron al cementerio. Todas las tumbas miran a Jerusalén, la ciudad sagrada. Esto se debe a la creencia de que, en el momento adecuado, los muertos no dudarán hacia dónde dirigirse para su resurrección.

Me propuse tomar en serio el pedido de saludar y decidí pasar por donde están los restos de cada uno de mis parientes y observarlos con nuevos ojos ahora que yo también tengo la edad en que la muerte es una posibilidad cierta. Frente a ellos, es natural que surja un diálogo íntimo y silencioso.

Casi todos fallecieron antes de la era de la fotografía digital, así que imagino la dificultad de buscar entre álbumes de fotos una que pudiera ser apta para el recuerdo. Para perpetuar el rostro por generaciones. Algunas de esas fotografías, lamento, no han hecho honor a los rostros de mis seres queridos. Con ayuda de mi memoria fui sacando conclusiones de cómo vivieron, de qué legado dejaron en el espíritu de sus parientes.

Mientras recorríamos las tumbas, fui reviviendo emociones y preguntas de diferentes etapas de mi vida. En

especial frente a la tumba de mi mamá, donde siempre vuelvo a sentirme ese niño vulnerable de 10 años que tuvo que decir unas palabras, en su carácter de primogénito, en la ceremonia del entierro. Es inexplicable desde la razón, pero comprensible desde las emociones: el tiempo parece no haber pasado en ciertos instantes.

Pensé en mandar a hacer una placa con alguno de los tantos poemas que hice sobre ella. Falleció muy joven y esos versos me permiten tenerla presente a falta de otros recuerdos de momentos felices. Pero luego pensé que nadie hacía nada parecido y no quiero llamar la atención.

Acompañado por mi primo, sentía que nada malo podía pasarme. Cuando éramos chicos me llevó a descubrir lugares alejados de la severa mirada adulta, mucho más pudorosa que la nuestra.

Fue en la infancia que nos dijeron que las tumbas mirando al paredón entrando por la derecha habían hecho cosas malas. Nos prohibieron andar curioseando por ahí, no fuera cosa que nos contagiáramos.

Decían que eran de mujeres de mala vida, usureros o ladrones. Incluso de suicidas, porque parece ser que a ningún ser humano le está permitido ser artífice de su propia muerte.

Sorprende que los marginados de la sociedad aceptaran estar de espaldas mirando a la pared. ¿Si vivieron al margen de la ley, por qué no buscar otro lugar donde dejar sus restos? Es evidente que temían más a la otra vida que a los castigos en esta. O, bien, que sabían cómo lidiar con las cosas terrenas, pero ignoraban como manejarse en otros mundos. Estar de espaldas contra el muro es lo que les ocurre a los delincuentes cuando son capturados. Solo son liberados si tienen buenos abogados, no importa su

culpabilidad. ¿Habrá abogados en lo que nos espera luego de la muerte física?

La verdad es que, aunque ocultos tras el muro, miran en la misma dirección que las otras tumbas, por lo tanto, una vez que llegue el Mesías y comience la resurrección, tal vez después de todo el resto, podrán llegar a Jerusalén. Eso no ocurriría enterrados en el cementerio de los gentiles. Querían asegurarse, por lo que descuento, pagarían bien caro ese curioso privilegio.

Nos animamos a ver cómo eran las tumbas de aquellos repudiados por la sociedad. Siempre me intrigaron y teníamos tiempo disponible. No hay nada tan seductor como ver algo prohibido. Las otras oportunidades en que visité el cementerio, aunque ya adulto, las había visto desde prudente distancia.

Ahora que nuestros mayores descansan del lado «bueno» del cementerio, no creo que se molestaran por nuestra ocurrencia. Ya no tenemos de quien ocultarnos. La «prohibición» era uno de los tantos rituales que se generan en cualquier sacrosanto. Como salir por un sendero diferente del que se entró, o la prohibición de visitar a otros familiares fallecidos cuando se asiste a un entierro. Todas supersticiones que no están en la Torá ni el Talmud, pero que la gente cree a pie juntillas que en algún lado está escrito y eso lo convierte en palabra santa.

Me animé a fotografiar las tumbas de los impuros. Las placas que dejaron sus deudos son tan amorosas o falsas como las que deja cualquiera de nosotros. Son tumbas indistinguibles de los miembros más probos de la comunidad.

¿Velarán sus parientes por ellos? Imagino que algunos de sus descendientes, aún hoy, usufructúan sus mal habidos

bienes. Da para pensar que, posiblemente, se cambiaron el apellido para no dejar nada librado a las asociaciones obvias.

Pero, lo más importante, ¿dónde se entierran hoy los corruptos, los estafadores, los ladrones de guante blanco?

Registro que la última placa es de los años 70, son muchos años sin ninguna oveja negra a la que hay que enterrar de espalda. Algo debe de haber pasado para que la sensatez termine esta vergonzante tradición.

Veamos cada caso. Los usureros, a menudo, son ahora respetables banqueros. La mirada sobre los suicidas ha cambiado mucho. La condena ha dejado su lugar a la compasión. De las mujeres de mala vida no habría mucho para decir en los tiempos de la cancelación y del empoderamiento femenino. La costumbre, bastante absurda, por cierto, desapareció por el propio paso del tiempo.

A la vuelta nos esperaba mi prima. Ella es de aquellas personas a las que no les gusta hablar de la muerte ni de los muertos. En su fuero íntimo cree que nunca va a morir. Sueña con vivir eternamente. No es que no lo sepa, simplemente no está dispuesta a aceptarlo. No quiere pensar que tendrá algún día que abandonar este mundo. Se aferra a sus pequeños hábitos, a sus cuidados, a su esperanza. Pero las palabras se escapan a veces de su celda y pregunta cosas como esta: «¿cómo estaban todos?». Fuera de ese contexto, estas palabras no se comprenden. Ante eso, como corresponde hacer con las personas que uno ama, solo hay que hacer silencio. Tengo la certeza de que a la muerte no le importa lo que pensemos. La muerte es invicta. Habla cuando tiene que hablar y nada la puede hacer callar.

No hay duda de que todos tenemos un cementerio flotando a nuestro alrededor, conscientes o no, vivimos

pensando en nuestros muertos. Nadie es del todo ajeno a estos pensamientos.

Pero, algo es seguro, mal o bien, en el cementerio estaban todos. Nadie se va de allí por sus propios medios.

Suficientemente quemado

Estar quemado o haberlo estado es una condición que te liga con quienes comparten tu destino trágico. Una marca de dolor que te vuelve solidario con los de tu misma condición.

Estar quemado da incertidumbre, no hay certeza de su evolución. Casi incontrolable, se depende de otros, de lo poco o mucho que estamos informados.

Tengo algunas quemaduras, pero la más importante es de segundo grado en la planta del pie izquierdo, no importa aquí como ocurrió. Siempre es un accidente, siempre es inesperado. Siempre se tiene la suerte de que no fue peor. Siempre falló alguna precaución. Siempre hay algo de culpa. Siempre merece el perdón.

Es curioso que tuviera que «apagar un incendio». Es una frase que se usa mucho en el mundo del trabajo. Y explica muy bien lo que se hace. A cualquier costo hay que contener el fuego que puede destruir todo. A cualquier costo y en el mínimo tiempo. Es la cumbre de la urgencia. Después se evalúan las pérdidas.

Me interesa compartir mi experiencia que terminó en el Hospital del Quemado.

De entrada, me llevaron a un hospital público donde me realizaron las primeras curaciones. Me dijeron que mantenga limpia la herida y que me cuidara. Al pasar nombraron al Hospital del Quemado como una opción. Yo pensé, como

casi todos pensamos en esos casos, que no estaba lo suficientemente quemado como para ir a ese hospital cuyo nombre da miedo.

Más tarde llamé a la guardia que vino a mi casa, me volvió a curar, me dolía mucho. Era normal. Pensamos en ir. Yo no podía, con el dolor que sentía, pensar siquiera en movilizarme hasta ahí. Preferí que me vinieran a curar. Estaba demasiado vulnerable para salir a la calle. Continuó curándome mi mujer. Me sentía mejor, investigué en Internet. Todos dicen lo mismo, que hay que dejar que la ampolla trabaje, que el líquido del cuerpo es lo mejor. Coincidió con lo que decían los médicos que venían a verme. Pero la ampolla no disminuía y cada tanto dolía mucho.

¿Era una buena o mala señal? ¿El cuerpo podía lidiar solo con ella? Ya andaba en muletas, me movilizaba por la casa. Pero a la noche el dolor volvía. La ampolla parecía tener vida propia.

Al sentirme mejor llamé para visitar a un médico de cartilla. Recomendado. Dermatólogo. Fui con gran esfuerzo, taxi, muletas, escalones. Me dijo que estaba bien, pero que había que tomar una decisión y él no estaba preparado. Lo más probable que sea un pequeño corte y drenar. Me mandó al Quemado, me hizo una carta de derivación. Sonrió. Nunca nadie la leyó, era una carta inútil y el médico lo sabía. Me curó y se lavó las manos. En ambos sentidos. Volví, cansado, muletas, taxi, escalones, a mi casa de vuelta.

A la mañana siguiente llamé a la obra social ¿qué otra opción tenía? Pregunto si tengo que ir al Quemado, no hay nada dentro de la obra social. Parece que el Alemán tiene un servicio, pero no estaba en mi plan. Ofrecí pasarme. Me dijeron que no hacía falta, que seguro el mejor lugar para ir era el Hospital del Quemado. Dudé hasta que, al fin, alguien

con la autoridad que da la experiencia, me dijo que, si me mandaron al Quemado, es porque era lo mejor. Que no jodiera más.

Quería un trato diferente, algún servicio a domicilio, o al menos con un turno.

Por qué no una ambulancia. Pero algo me convenció y fui a la guardia. Todos, al Quemado, entran por guardia. Cuando llegué vi poca gente y un lindo edificio. Gente toda derivada. Las preguntas eran: qué lo quemó, de qué obra social era y quién lo derivó. Nadie llegaba como primera opción. ¿Nadie cree estar lo suficientemente quemado?

Quise dejar pasar primero a una nena, que llegó después que yo a la admisión, con ambas manitos vendadas que tenía inmóvil a la altura de sus hombros. Me miraron raro, extrañados. Así no era, las reglas del fuego eran crueles y no había espacio para la compasión. Había tensión en la pequeña sala, todos querían entrar primero. Yo, en cambio, no quería entrar. Era gente de diferentes barrios y clases sociales, todos más o menos quemados. Pocos de ellos más quemados que yo. La quemadura a todos nos iguala. Es democrática. No vale ni la mejor prepaga ni la posición. Ellos le cobran a la obra social, pero si no la tuviera me tratarían igual.

Cuando entré pude ver que había tres profesionales, no se cuáles médicos y cuáles practicantes. Lo voy a relatar sin anestesia, porque fue así: sin anestesia. Primero me criticaron mi forma de usar las muletas (yo no tenía experiencia, ¿alguien se preparó en algún lado?). Me preguntaron sobre mi salud. Pero solo sobre lo que podía hacer peligrar su trabajo (diabetes, alergias).

Acostate boca abajo, así vemos la planta del pie, me dijeron. La única mujer, que era de origen japonesa dijo

¡Huy, le dejaron la ampolla! Me la imaginé trabajando en Kill Bill.

Lo siguiente fue sentir cómo cortaban la ampolla. Era grande, yo lo sabía.

¡No leen en internet que hay que dejarla para proteger la piel!

Grité muy fuerte, un poco también me moví.

Me dijeron: «sí te movés es peor». Me sentía en un atraco, inmóvil y de espaldas.

¡Así que les creí! Sentí el corte prolongado. Me habían sacado toda la ampolla. Luego me pusieron un líquido para que no se infectara, también me dolió.

Después, con fuerza, me vendaron. Tengo que decir que me dolió. Mucho. Grité más.

Estaba aturdido y me dijeron.: ¡No camines, siempre la pierna arriba!, solo bájala para ir al baño o venir aquí (4 días después).

¿Yo decía, pero... no puedo sentarme? Sí, pero con la pierna arriba.

Quería más consejos, estaba dolorido, aturdido, sorprendido. Pero me dijeron que tenía que irme rápido. Había más quemados esperando el suplicio salvador. No hay tiempo para la autocompasión. Solidaridad, que le dicen. Tenés suerte, me dijeron, casos como el tuyo van a cirugía. Ojo, que no se moje, que no se infecte. Ahí sí que es peor. También les creí.

Salí, con mis muletas, taxi, escalones, saltos, con un grito de dolor.

Pero, en unas horas, el dolor grande se fue casi para siempre. Al final, los tipos estos tenían razón. Alquilé una silla de ruedas con apoya pierna y volví a moverme. Pensé e hice una serie de ejercicios para que no me molestara la

cintura. Tiembla el Método Pilates. La actividad me puso de buen humor, aunque sea con una sola pierna.

Tuve que volver, ya no a la guardia sino a consultorios externos. Y había mucha gente.

Por suerte en las salas de espera hay algunas voluntarias que tienen como tarea contenerte mientras esperás que te atiendan. Se las reconoce por su guardapolvo celeste. Son un bálsamo ante tanto dolor.

Había muchos quemados, todos por accidentes. Todos derivados, nunca nadie cree estar lo suficientemente quemado para llegar sin preámbulos. Casi siempre el tratamiento previo resulta malo, perjudicial, o al menos inútil.

En la guardia todos sufrieron, fueron tratados sin anestesia. Viejos, chicos, adultos. Todos salieron vendados.

Estoy mejorando y pienso que tengo ahora otro sello, seré parte de una hermandad secreta. Cuando vea un quemado vamos a tener de qué conversar. Sobre cuándo decidió que su caso era para este hospital. Sobre cuándo tomó conciencia de que tenía que renunciar a cierta comodidad que, pensó, pagaba con su obra social. O cuándo comprendió que no se curaría solo. Sobre por qué no fue directo al Quemado. Sobre el dolor silencioso y permanente del fuego. Sobre la mala suerte. O buena, porque siempre pudo ser peor.

Ser médium

La mediumnidad me persigue, me acompaña, no es una elección. Lo descubrí hace muchos años con el juego de la copita, en un momento en que era muy popular entre los adolescentes. Dudo que hoy, habiendo tantas cosas emocionantes al alcance de la mano, lo sigan jugando. La ceremonia comenzaba con sentarnos alrededor de una mesa, en lo posible redonda. Como si fueran los números de un reloj se ponían cartelitos con las letras del abecedario. Con la copita de vidrio brillando en el medio. Con su dedo índice apuntando hacia ella, pero sin tocarla, algunos asistentes se ofrecían de instrumentos para recibir los mensajes del más allá. Ya se hablaba de la energía sin saber muy bien que significaba. Algún elegido hacía una pregunta a los espíritus y ellos respondían dirigiendo la copita a las letras. Deslizándose una a una armaban una palabra. Por suerte los espíritus sabían español para comunicarse. En ese momento no me sorprendió. El dedo del que preguntaba no participaba para evitar trampas. El protocolo era muy estricto y los jóvenes severos con las normas. Cuando me tocó pregunté el nombre de mi madre, un nombre de origen extranjero nada común. Mi intención era poner a prueba a mis crédulos amigos y demostrar que eso era un absurdo. Nadie sabía la respuesta porque mi madre falleció muy joven y en otra ciudad. La copita respondió correctamente. Del

susto que tuve nunca más acepté participar de esa liturgia. Pero ya sabía que era médium y lo tome con respeto.

Mucho más tarde me descubrí médium de los amigos animales. Empecé recibiendo imágenes de lo que les molestaba. El mayor problema de nuestros compañeros peludos son sus luchas de territorios o disputas por la comida. Me volví a asustar, pero como ya era un adulto, decidí aprender esa técnica. Tomé cursos con gurúes internacionales de la comunicación interespecies. Me sentí bendecido por tener el don de comunicarme. Pensé que podía ayudarlos y experimenté no solo con los que vivían conmigo. Comencé a recibir mensajes muy emotivos, los animales celebran dejar de ser ignorados como seres parlantes. Al igual que los espíritus de la copita son felices de que alguien sepa que tienen sentimientos y anhelos. Me entusiasmé y llegué a considerar en convertirlo en una profesión. Me consta que los dueños de mascotas pagan muy bien por estos servicios. Quién no quiere saber qué piensa su minino o su perrito. Con los estorninos, palomas, picaflores, cotorras, horneros y todos los pájaros que viven en libertad no había mayor problema, todo era saludarnos y desearnos felicidad. Pero con el tiempo aprendí que los que viven entre nosotros son muy complejos. Chismosos y sin filtro. Me contaban intimidades y miserias de sus amos. No era por venganza, ni siquiera un pedido de auxilio. Es todo lo que tenían para decir, porque la comida y el hogar no les faltaban. No me sentí cómodo. De los humanos tengo bastante con la vida diaria. Así que decidí cerrar ese canal. Uno necesita vivir tranquilo, no podemos ocuparnos de todo lo que pasa alrededor.

Ser médium no siempre es un beneficio, es una responsabilidad que me supera.

Pero la palabra médium me seguía gustando. No me agradan los extremos, ni ser muy grande ni muy pequeño. Intento pasar desapercibido. Pero la palabra médium no es la correcta para describir esa situación. No me engaño ni pretendo engañar a nadie. Es más bien timidez o no hacerse cargo.

También me entusiasma, debo confesarlo, evitar las luchas evitables. Asocio la palabra medium con esa forma de enfrentar los conflictos, sean los míos o los que ocurren a mi alrededor. Ser un médium para la paz es el rol al que aspiro.

Sin embargo, sé que es otro uso arbitrario del idioma, nadie se refiere a eso como médium, más bien la palabra correcta sea mediar. El verbo adecuado es ser mediador. Lo de médium es un disparate en este caso.

Pero la vida tiene revancha. Un hecho fortuito me permite ahora ser médium sin mentir y sin torcer el idioma a mi favor. Por fin puedo decir que soy médium y sentirme feliz. No es exactamente lo mismo, no crean que no lo sé. Después de muchos años dejé de ser talle *large*. Incluso en algún momento fui *extra large*. Ahora me queda bien la ropa talle médium. Resultado de cuidarme, se sabe muy necesario a la edad donde somos definitivamente vulnerables. Estoy orgulloso a más no poder.

Lástima que perdí contacto con los espíritus de la copita. A los amigos animales no creo que les interese mi peso corporal. Pero ser médium ahora es una buena noticia. Y no me voy a volver a arrepentir ni voy a necesitar cancelar ningún canal de comunicación.

Confesión de un Dios en el presidio

La única disculpa de Dios es que no existe
Friedrich Nietzsche, *Ecce homo*

Aprendí que, en solitario, cada uno de los individuos de este planeta exhala debilidad. Se necesitan unos a los otros para poder dominar a otras especies y al duro clima imperante. En ocasiones su solidaridad con los miembros más frágiles de su comunidad me conmueve y me siento orgulloso de haber venido a acompañarlos. Pero en otras se detestan y pueden hacerse daño con infinita crueldad. Pueden ser afables e ignorantes al mismo tiempo.

No ignoran que no están solos en el universo. Que hay tantos planetas como granos de arena acumulados en las playas de este. Pero viven como si el mundo terminara en sus narices o en el fondo de sus bolsillos.

Con sus semejantes tienen una relación dispar. La naturaleza de esta gente es la envidia y la desconfianza. Con los pueblos vecinos se odian mutuamente, se les va la vida pergeñando trampas y engaños. Con estudiada simpatía esconden la violencia que los corroe por dentro.

Sabiendo todo esto cometí un error imperdonable. Permití e incluso alenté diferentes religiones, como muestra de mi generosidad. Lo hice para que cada grupo se sintiera distinto, único en su sabiduría, y me homenajeara a su forma y estilo.

Adopté y adapté como propios mitos y supersticiones de los pueblos primitivos hasta convertirlos a mi evangelio. De ninguna de estas religiones estoy orgulloso, todas me defraudaron. Aunque no lo digan abiertamente, algunas han terminaron olvidándome. Otras, tengo la certeza que hasta llegan a odiarme. Todas me producen asco y vergüenza.

Asumo que he fracasado en forma terminante porque me han usado como bandera para guerrear entre ellos.

Por protestar me han encarcelado. Dicen que es en mi beneficio, para protegerme de mis antiguos fieles. No sé si es verdad, pero lo acepto. No sé tampoco como escapar. Quizás sea lo mejor y me protejan de mí mismo, mi natural bonhomía puede ser perjudicial.

Lo confieso: soy un pobre Dios olvidado. Pocos libros recuerdan mi nombre. Antes, mucho antes, pululaban los que hablaban con un ser superior. Ahora no hay quien recuerde haber hablado conmigo.

Ignoro quiénes son mis actuales cancerberos. Soy bien tratado, pero he perdido contacto con los pocos en los que puedo confiar. Sé que esas son las reglas del juego y las acepto. Confío en que mi condena no dure para siempre. Tengo la esperanza de recibir otro trato, más adecuado a mi investidura. Considero que el castigo fue excesivo y he pedido clemencia.

Desde que llegué a este planeta he intentado que crean en mí. No que me veneren ni que me adoren, que son formas sutiles de humillarme. Sino que comprendan que lo que no ha nacido no puede morir. Que sin semilla no hay tallos ni frutos para alimentarnos. Que la casualidad no existe, pero que la suerte necesita de la voluntad para poder enraizarse.

Recuerdo a esos seres sensibles que miraban al cielo buscando hacer conmigo contacto visual. Como si fuera posible hacerlo por su propia decisión. Sentí pena por ellos porque bloquearon sus espíritus con sus deseos y arrogancia. Vivieron en eterna infelicidad.

Me gustaría que supieran que solo un puñado de hombres justos es suficiente para que este o cualquier otro planeta pudiera justificar su existencia. Así son las leyes que regulan la entropía del universo y deciden el destino de los cuerpos celestes. Reconozco que no logré encontrarlos entre tanta maldad e indiferencia que reina en esta tierra. Hubo quienes afirmaron estar en sintonía sin dar ninguna prueba de que esto fuera cierto. Esas personas solo confunden y agotan el mensaje que he venido a compartir. Ahora veo, desde mi celda celestial, que florecen cada día los profetas autoiluminados. Son aquellos que más que convencer a otros intentan convencerse a sí mismos de que están en el camino. O aún peor, son simples farsantes aprovechándose de la debilidad de sus semejantes.

Pero los justos verdaderos no se destacan a simple vista. No sienten la necesidad de ser reconocidos. Si un hombre es sabio, lo más sensato para él es ignorarlo. Sentir que tienen algo que los demás valoran puede volverlos presas de la vanidad.

Habita en ellos una paz que no parece de este mundo y todos a su alrededor se embeben de ese encanto. Es el amor lo que les permite navegar en aguas tormentosas con una sonrisa. Y ese mismo amor los mantiene humildes ante el misterio. Es difícil reconocerlos y su ausencia fue el principio de mi derrota.

No dudo que he sido un dios mediocre. No he estado a la altura de las circunstancias. Ni siquiera en mis sueños

pude controlar los acontecimientos.

Una noche soñé que era un dios malvado. No especialmente cruel pero sí malvado. Fue muy perturbador porque no sentí ninguna culpa en dejar de ser bueno. Durante el sueño temí ser castigado por un ser superior. Me desperté de mi letargo divino con la sensación de que me estaba volviendo vulnerable. Uno más entre tantos mortales. Fue aterrador y sentí un miedo espantoso a la muerte. Mi mente astral había sido infectada por la contienda sin fin de los humanos. Me resultó insólito e inesperado, pero supe en ese momento que estaba perdido.

Lo que ignoran los habitantes de este planeta, y no tengo modo de advertirles, es que cuando un dios es confinado por un pueblo al que no logra encauzar, un mesías se prepara para entrar en la escena. Deberían haberme tenido más paciencia y colaborar en mi cruzada. Porque este mensajero de dios tendrá solo una tarea específica para cumplir. Va a ser más superficial y, seguramente, más alegre. Pero mucho más astuto. No intercambiará golpes ni vanas sentencias con sus fieles. No vendrá con nuevas exigencias ni impondrá normas de conducta. No le interesarán la ética ni las reglas morales. Será un psicópata carente de amor y verdaderamente cruel. Predicará con una sonrisa y cara de tontuelo. Los llevará dócilmente hasta las puertas del infierno. Lo hará en nombre de la ansiada libertad. No tendrán oportunidad de rebelarse porque solo se darán cuenta cuando no tengan escapatoria.

Espero no asistir al espectáculo. Ni siquiera un dios merece ser castigado tan duramente por haber actuado con ingenuidad y tolerancia.

Una de las formas más puras del amor

Nunca vi a Lily en persona y quizás fue lo mejor. Pero me hablaron tanto de ella que es como si la conociera. Compartían la mesa del comedor en el hogar de ancianos donde ambos estaban alojados. Para mi hermano, alojarse ahí es el paraíso y ella solo con él estaba a gusto. Vi la foto en la que estaban bailando juntos. Sus rostros muy cercanos sonriendo, aññados. A ella se la veía muy chiquita o quizás reducida por la enfermedad, no lo sé. Intenté conocerla, en cada oportunidad que tenía preguntaba por su persona. Pero justo ese día no bajaba al comedor, se quedaba en la cama aquejada por los dolores. Metástasis en casi todo su cuerpo, me decían. No eran capaces de enumerar los órganos tomados por el cáncer. El innombrable cáncer, que pese a los avances de la medicina sigue siendo devastador. Mi hermano, cuando se enteró de que padecía Corea de Huntington me dijo, para consolarme, que no lo veía tan grave como el cáncer, que te lleva en tan pocos meses. Aunque esté limitado, su desafío es vivir muchos años, ciento veinte si pudiera.

Nunca vi a Liliana en persona y lo lamento. Sé que estaba completamente lúcida y que se internó por su cuenta para evitar el dolor que provocaba en su familia verla tan vulnerable. Fue la única mujer que amó a mi hermano tal

como era, no por la supuesta herencia que iría a recibir algún día de su padre avaro.

Lily decía que mi hermano era muy inteligente y sabio. Ella, que fue profesora universitaria hasta poco antes de entrar en el hogar, por algo lo diría. Cuando bailaban, mientras los otros internos cantaban a capela Bésame mucho, ella le decía que era hermoso. Besaba sus manos como si fueran las de un santo.

Cuando Lily lloraba de dolor, mi hermano le pedía que no llorara. Ella, consciente de la gravedad de su enfermedad, sonreía. Al fin mi hermano había hecho honor a su nombre: Salvador. Mi hermano es simpático, no produce rechazo al conocerlo. Pero esta vez había logrado ser empático. Lily decía que mi hermano la sanaba. Era un bálsamo para su dolor. Le confiaba a la administradora del hogar, con quien tenía largas charlas, que Salvador era puro amor. Dulce e inocente como si fuera un niño de cinco años.

Cuando lo encontré tan nervioso, desbordado, acusando a la enfermera de robarle el *shampoo* pregunté si nuevamente no estaba tomando la medicación. Me asustó verlo tan enojado y agresivo. Me duele la furia que no puedo calmar ni con gestos ni con palabras. Le dije que yo podía llevarle todo lo que necesitara. Me respondió que él tenía caspa como si fuera el único con caspa en ese universo de ancianos.

Acto seguido estiró sus brazos para mostrarme, con orgullo, sus uñas prolijamente cortadas por la manicura que todos los meses los visita en el geriátrico. En ese momento se acercó David también con sus brazos estirados para mostrarme las suyas. David no puede articular palabras, solo se comunica por sonidos, y siempre anda cerca cuando visito a mi hermano.

Como al pasar, mi hermano me dijo que Lily no estaba tomando suficiente agua y que por eso se enfermaba. Sin demostrar emoción, señalando el vaso de plástico rosa que dejó Lily sobre su mesa. No sabía que su amiga ya no estaba en el hogar, pero ya preparaba su coraza. La enfermera acusada de ladrona torció su boca hacia donde yo estaba sentado y me dijo en voz muy baja que Lily no volvería. La misteriosa mujer que amó a mi hermano no volvería jamás. A la distancia, celebro su sano deseo de no confundir su mirada enamorada con mi gastada mirada de hermano cuidador. Aprendí que una situación que se vislumbra terrible puede ser la más expansiva. La vida es tan abundante que se puede amar sabiéndose tan cercano a la despedida. Me pregunto, a riesgo de resultar cursi, si no es una de las formas más puras del amor.

Despedida

La vulnerabilidad me atraviesa desde pequeño. Ocultarla de amigos y extraños ha sido una estrategia para sobrevivir. Me atrevo a decir que cierta soberbia, de la que no me enorgullezco, tiene ese origen. ¿Será este libro un modo de pedir perdón? O será que lo vulnerable me acompaña sin pedir permiso y que no puedo ignorar sus mensajes. No pretendo decir nada nuevo si afirmo que la vida suele ser muy cruel. Mi respuesta es tomar nota de lo que veo y me atraviesa. Con paciencia trato de buscar las palabras adecuadas hasta poder expresarlo. Si no lo ejecuto en tiempo y forma me siento en deuda. Completar un testimonio literario que me deje conforme me da un inmenso placer. Compartirlo es mi manera de vencer la soledad.

A veces pienso que escribir sobre otros es un acto de puro egoísmo. Apropiarme de su tragedia en beneficio de mi arte. Me consuela saber, que, en compensación, mis víctimas logran cierta inmortalidad literaria. Un halago al que ningún ser viviente se resiste.

Agradecimientos

- A Javier Fernández; su permanencia a la intemperie, desafiando cualquier lógica, ha inspirado este texto.*
- A Raúl Tamargo por crear A Capela, el espacio virtual en el que me siento tan cómodo y contenido.*
- A Manuel González, por su atenta lectura, sus observaciones y su generosa contratapa.*
- A Fernando Arias, nuestras interminables charlas poblaron varios de los relatos de este libro.*
- A Juanchi al que espero que la breve descripción deje conforme su alta autoestima*
- A Eduardo Coiro por regalarme la idea de que Superman cayó del cielo porque se enroscó en un árbol.*
- A Miguel, el librero del árbol. Cada tarde que nos visita comparte su devoción por los libros.*
- A Rosario y Lorena que inspiraron el relato de los apellidos prestados.*
- A Andy Bobovlansky por su compañía. Y porque observó que tal vez Javier creó en mí un ayudante vital para su existencia. Soy, desde su punto de vista, un actor de reparto en el derrotero de su vida.*
- Al jugador de go Carlos Asato, por su humildad legendaria.*

A los ciclistas panaderos de «Sabores del duende» que siempre me saludan con afecto, aunque no soy su cliente. A mis antiguos compañeros de Talleres Maldonado. Soy consciente que debo más historias del breve tiempo que compartimos destinos.

A los rabinos que imaginaron el Talmud. En especial por la leyenda de los 36 Tzadikim ocultos. No recuerdo cuando la escuche por primera vez porque me acompaña desde siempre.



Nació en la ciudad de Bahía Blanca en el año 1957. Desde los 18 años vive en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Estudió Matemática en la Universidad de Buenos Aires. Actualmente trabaja en el tema residuos tecnológicos. Fue presidente durante 8 años de la Asociación Argentina del Juego de Go.

Sus libros de poesía publicados son: *Revelaciones* (Huesos de Jibia, 2010), *Revelaciones acerca de otras criaturas* (Huesos de Jibia, 2011), *Breves* (Colectivo Semilla, 2013), *El sonido de la atención* (Huesos de Jibia, 2014), *La incomodidad* (Huesos de Jibia, 2015) y *El después es ahora* (A capela, 2021).

Es autor del libro de relatos *Diario de un cuentenik* (Leviatán, 2020 y A capela, 2023).

Mantiene el blog <http://otrasciaturas.blogspot.com.ar/>

Índice de contenido

Comentario / Manuel González López

Vulnerables

- Lezama // 6
- ¿Desde cuándo está Javier en el parque? // 9
- El secreto de Javier // 12
- La seducción // 17
- El dinero // 20
- La lluvia // 22
- El Aleph // 24
- Un naufrago es un naufrago // 28
- Dónde encontrar a Javier // 30

Otros habitantes del parque

- El loco de la esquina // 33
- Espartaco y sus secuaces // 36
- Desaparece al atardecer // 38
- Una mujer negra // 40
- La duendóloga // 44
- Un dragón blanco // 47
- Una princesa extraviada // 51
- Pablo, su máquina de escribir y Tom Hanks // 55
- Un chipriota entre nosotros // 59
- Artistas de la calle Defensa // 62
- Los superhéroes se conocen // 65
- Un sótano inusual // 69
- El duende Rafa // 76

Una vez vulnerable, siempre vulnerable

- Amores en pugna // 82
- Mi doble // 90
- Las palomas y la revolución // 96
- Gatos invisibles // 100
- Una buena edad para morir // 103
- Apellidos prestados // 107

La necesaria renuncia a la poesía // 113
Peluquero y poeta barrial // 118
Un refugiado sirio en Tandil // 123
Saludos para todos // 127
Suficientemente quemado // 135
Ser médium // 140
Confesión de un Dios en el presidio // 143
Una de las formas más puras del amor // 147
Despedida // 150

Agradecimientos // 151

Acerca del autor // 153